



LAS MUJERES QUE NADIE AMÓ

*Juan Martínez
Boanerges Guevara*

LAS MUJERES QUE NADIE AMÓ

***Historias de vida de ocho mujeres de las
clases sub alternas salvadoreñas.***

**Juan José Martínez
Boanerges Guevara Sorto**

Las mujeres que nadie amó

PRIMERA EDICIÓN: **Noviembre 2011**

ILUSTRACIONES: **José Luis Guevara**

FOTOGRAFÍA: **Roberto Ranero**

EDICIÓN DEL TEXTO: **Roberto Valencia**

IMPRESO EN: **Impresos Continental, S.A. de C.V.**
San Salvador, El Salvador.

Agradecimientos

Se agradece en primer lugar a la Fundación “la Caixa” por el financiamiento, sin el cual no hubiese sido posible este libro. Se agradece también a la Asociación CINDE de El Salvador por facilitar el trabajo tanto a la hora de levantar el censo con todas las participantes de los programas de la institución, como en todo el proceso de construcción de las historias de vida. Se reconoce especialmente el trabajo de las coordinadoras Guadalupe, Celina y Ana María, quienes invirtieron gran parte de su tiempo en la selección de las mujeres y en facilitar los contactos y los espacios adecuados para la realización de las entrevistas. También agradecer enormemente a la Fundación CINDE de España por su excelente gestión.

Quisiéramos a la vez reconocer el minucioso trabajo de nuestro editor y amigo Roberto Valencia, quien ha dedicado muchas horas a la lectura y corrección de estos textos. A nuestro querido amigo José Luis Guevara, por regalarnos su tiempo y su arte en las ilustraciones.

Por último, el agradecimiento más importante es para estas ocho mujeres. Por la confianza y por la valentía de contar su historia, de depositar su vida en nuestras grabadoras. Se les agradece enormemente haber permitido a estos “contadores de historias” acompañarlas en un pequeño trecho de ese gran viaje que aún no termina, en ese camino que unas veces se recorre entre pasajes angostos y olvidados en las colonias de Soyapango y otras empujando un carretón cargado de joyas de fantasía en las turbulentas calles de Mejicanos.

Este libro no es más que un humilde tributo a estas ocho mujeres y a todas aquellas que, a pesar de todas las vicisitudes, a pesar de todos los peligros y a pesar de las poderosas fuerzas que juegan en su contra, se las ingenian todos los días para criar a las nuevas generaciones de El Salvador.

Es un reconocimiento a su fuerza y a su constante y obstinada lucha por la vida.

Introducción

En este libro se han recopilado ocho historias de vida de mujeres pobres urbanas. Tienen en común que, además de ser salvadoreñas y de la misma condición socioeconómica, participan en los programas para mujeres que promueve la Asociación CINDE. Las ocho mujeres pertenecen a dos municipios de San Salvador, Soyapango y Mejicanos, donde la Asociación desarrolla desde hace más de dos décadas sus proyectos. La iniciativa de esta organización surgió en Soyapango a finales de 1988, en tiempos de guerra, cuando la vida en este país no valía nada. Surge frente a una realidad que desde siempre ha estado presente: los hijos de las vendedoras ambulantes, mujeres agobiadas por la búsqueda del sustento diario que pregonan sus ventas en puestos improvisados. Y en medio de la maraña de las ventas, del ruido y del humo de los buses, están los niños. Se les ve ahí, durmiendo debajo de una mesa en una improvisada cuna de cartón, sentados en las aceras con el tedio y la incertidumbre ensartados en los ojos, o en grupitos jugando a cosas indescifrables. Algunos, los más grandes, circulan entre los pasajes estrechos con una bolsa llena de papas o tomates pregonando, como pequeñas reproducciones de sus madres, la mercancía. Ante esta realidad de ayer y de hoy surgió la idea de un Centro Infantil para los hijos e hijas menores de 6 años de este sector de la población femenina. Un lugar que les acogiera durante el día, cercano a la zona comercial donde circulan sus madres, en el que pudieran gozar de un ambiente alegre con un programa integral que garantizara su sano rollo. Fue en abril de 1989 cuando el primer Centro Infantil de Desarrollo (CINDE) recibió a 75 niños/as en pleno centro

de Soyapango, al lado del mercado callejero. A los dos años otro CINDE se abrió en el centro de Mejicanos y más tarde otro en Zacamil, un barrio populoso del Municipio de Mejicanos. Tres Centros donde 300 niños y niñas son atendidos a diario por 21 educadoras, con una infraestructura y un equipo que se ha ido construyendo a base de solidaridad. Fuimos aprendiendo en el camino, descubrimos que muchas familias no habían sido educadas para comprender a los niños a partir de sus derechos y potencialidades. Muchos patrones de educación profundamente enraizados rodean de violencia la vida de estos niños desde muy pequeños. Esto nos retó a dar inicio a un programa que aportara formación a los padres y madres sobre hábitos de crianza libres de violencia y que les ayudara también a involucrarse en la construcción de un entorno familiar positivo. A través de reuniones de mucho diálogo y reflexión en pequeños grupos se trabaja con el propósito de ir forjando futuro, de ir descubriendo los porqués de las conductas, de las prácticas, de la violencia en las relaciones e ir descubriendo y comprendiendo la importancia de los primeros años de la vida.

Al tratarse de vendedoras informales, sus inversiones y por consiguiente sus ingresos se ven limitados por su dependencia con los prestamistas populares o usureros, que prestan pequeñas cantidades de dinero a un 20% de interés mensual. De ahí surgió la iniciativa de organizarse para dar inicio a una experiencia de ahorro y préstamo que bautizamos con el nombre de Bancos Solidarios. Y funcionó. Después de 8 años de organización de varios “bancos” se constituye en octubre de 2010 la Asociación Cooperativa de Mujeres Solidarias (ACOMUSOL). Pero las iniciativas socioeconómicas de CINDE no se agotan. Se capacita a 15 mujeres en talleres de cocina y se inaugura con ellas el café-restaurant La Maga y el servicio de banquetes a domicilio. Se ofrecen además cursos de confección de prendas y teñido en añil, fabricación de velas decorativas y de tarjetas con hojas prensadas, y se sueña con exportar y ampliar la producción artesanal. Todo un proceso que se inició con los niños y niñas y que se extendió a sus madres, a su entorno inmediato.

El proceso de selección de las ocho mujeres que nos cuentan sus historias de vida en este libro consistió, como primer paso, en un censo general de todas las mujeres beneficiarias de la Asociación, tanto de las madres de los niños de los Centros Infantiles como las del programa de Refuerzo Escolar, muchas de las cuales son a su vez participantes en los programas socioeconómicos.

A través de este esfuerzo se conoció de forma más certera el perfil de las beneficiarias y nos permitió elaborar un modelo estadístico de las mismas. Los datos consignados en el censo iban desde las condiciones objetivas de vida, tales como vivienda, servicios básicos o ubicación geográfica de la vivienda, hasta cuestiones relacionadas con la actividad laboral, ingresos y gastos, pasando incluso por cuestiones familiares y de violencia. Estos datos fueron los que nos permitieron seleccionar a las mujeres que, estadísticamente, mejor representaban este perfil. Estas historias no fueron escogidas por su dureza o por lo llamativo que suelen ser siempre las dinámicas de violencia. Más bien nos encontramos con que las vidas de estas mujeres en realidad representaban la forma en que vive gran parte de la población femenina dentro de las clases subalternas salvadoreñas.

Las historias son contadas tal como lo fueron expresando estas mujeres en las largas sesiones de entrevistas o tal cual los investigadores pudieron constatar en las inmersiones etnográficas en sus entornos. Estas son las realidades que viven las mujeres salvadoreñas de estos sectores. Y estas son las realidades a las que se enfrenta la Asociación CINDE cada día y que de alguna manera justifican su presencia en estos dos municipios.

Este esfuerzo de la Asociación CINDE parte de la premisa que para cambiar hay que conocer. Es imposible implementar cualquier estrategia destinada a cambiar la vida de las personas si no se conocen a profundidad los problemas que estas adolecen, su lógica de vida, su trayectoria, sus

esperanzas y, sobre todo, sus historias. Esperamos que estos ocho relatos cumplan su vocación de hacer entender, de abrir los ojos y voltearlos hacia estas mujeres. No con el objetivo de generar algún grado de lástima, ni siquiera compasión, sino más bien de engendrar solidaridad y que esta a su vez logre mover los engranajes que cambian las cosas.

Marisa de Martínez
Directora Asociación CINDE

Prólogo

El presente trabajo es en realidad un viaje al submundo urbano de este país. Un viaje que se hizo de la mano de estas ocho mujeres que, al abrir sus vidas, al contarnos sus historias, también nos llevaron a conocer un sótano insospechado.

En este viaje nos encontramos con personajes siniestros, viles. Vimos a verdaderas heroínas sorteando una guerra hostil para poder criar a sus hijos. Nos encontramos con la pobreza y miseria extrema, esa que no permitió que Concepción enterrara a su hijo muerto, la misma que hace a Inés seccionar todos los días un plato de comida para alimentar a sus hijas. Nos encontramos con la violencia más descarnada, arrebatándoles la vida a unos y persiguiendo a otros. También con esa violencia íntima que vive Eva todos los días y que le hace temblar la voz al recordarla.

En este sub mundo vive también la crueldad de los poderosos y la cobardía de los fuertes. Pero también nos encontramos con la ternura infinita de estas mujeres. Con su tenacidad de salir todos los días desde el amanecer hasta que oscurece a rascarle a la ciudad algo para darle de comer a sus hijos. Hay en estas historias ejemplos increíbles de valentía y de inteligencia. Hay que recordar que estas mujeres viven en los campos de batalla donde se libra con mayor fuerza la guerra de pandillas y depende de su ingenio mantener a sus hijos con vida. Lejos de estas matanzas. Deben además enfrentarse día a día con la soberbia de quienes se creen por naturaleza sus amos.

Estas ocho historias de vida nos hablan también de la estructura profunda que compone la sociedad salvadoreña. Si se lee con detenimiento se pueden entrever los valores y las normas que se están reproduciendo en los niños. Los valores de violencia y agresividad están siendo absorbidos por las nuevas generaciones, contribuyendo a perpetuar esa gran sombra de violencia de la que hoy somos presas. Por tanto, no podemos olvidar que estas mujeres son las madres de nuestra sociedad, de sus oficios depende, en buena medida, interrumpir esa cadena. En una realidad en donde la crianza, para bien o para mal, es un rol casi exclusivo de las mujeres, es precisamente en ellas en quienes se deben enfocar los esfuerzos si se quiere una transformación verdadera.

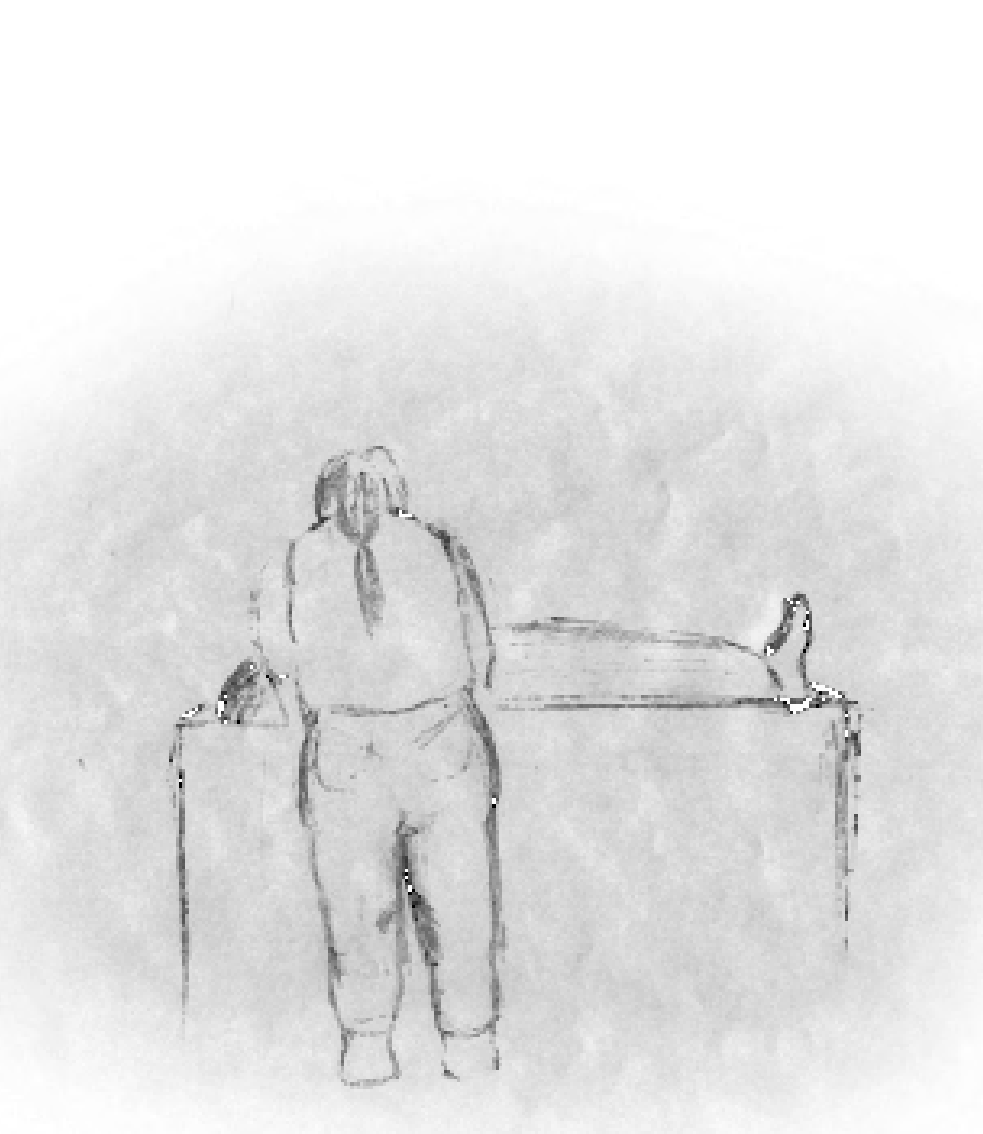
No podemos esperar una sociedad nueva, sin violencia y con igualdad, si nuestras madres deben pasar por tanto sufrimiento y deben transitar por un mundo tan hostil para criar a los hijos.

Espero personalmente que estos relatos sirvan como una bofetada para todos nosotros, para llenarnos de vergüenza. Es un esfuerzo por ponernos en la cara realidades que por años hemos ignorado. Este trabajo, siguiendo su vocación antropológica de contarle a unos las historias de los otros, pretende transformar, al menos, la forma en la que vemos y juzgamos a estas mujeres. Las madres de nuestro futuro.

Juan Martínez
Investigador

Nota: aclaramos que todos los nombres aquí mencionados no son los reales y que se han omitido algunos testimonios, sobre todo aquellos muy relacionados a las maras o pandillas, en virtud de salvaguardar la seguridad de las fuentes.

LAS MUJERES QUE NADIE AMÓ



Los ojos abiertos

Por Juan Martínez

— *Este bicho no se quería ir* – le dijo a Concepción el muertero, uno de esos hombres que amortajan cadáveres, después de contarle lo que le costó cerrar los ojos de su hijo.

— *¿Y quién se quiere ir a esta edad?* – respondió ella

Nelson tenía 18 años.

El cuerpo lo pusieron en una pila, para lavarlo; le terminaron de quitar la bolsa negra en la que lo metió el personal del Instituto de Medicina Legal; le jalonearon la ropa ensangrentada y se la dieron a Concepción. Ella les pedía que no tiraran tan fuerte, que trataran con cuidado a su hijo porque a él esas cosas le dolían. Y ellos le respondieron que no se alterara, que estaba muerto, que no sentía nada. Entonces ella lloró, gritó y pidió a Nelson que despertara, que por favor se levantara y callara a esos hombres que decían cosas tan horribles. Uno de ellos le pidió que revisara el cuerpo del muchacho. Las balas le habían destruido la cabeza y parte de su rostro. Concepción lo revisó: los pies, las piernas, las manos, el pene, el abdomen... Y volvió a llorar porque en los lunares de su hijo Nelson se reconoció a sí misma y vio un pedazo de ella tirado en esa pila. Con los ojos cerrados.

Concepción se crió con su abuela, las madres de crianza por excelencia en este país llamado El Salvador. Su madre la dejó de 2 años en una especie de pacto muy común en estas tierras. Los niños a veces terminan como regalos que se hacen a las abuelas, en parte para que les ayuden con las tareas del hogar, en parte para generar vínculos fuertes y que estos les ayuden en el futuro, en parte porque las madres no pueden sostenerlos y en parte para que les hagan una graciosa compañía a las viejas.

Concepción fue una de esas niñas regalo. Su abuela Fátima la

crió hasta los 13 años. Lo que sucedió es que los otros hijos de la abuela Fátima también le habían hecho regalos humanos, y estos crecieron y exigieron cosas: espacio, atenciones, comida... Empezaron a llevar a novios a casa de la vieja Fátima y algunas quedaron embarazadas, y sus retoños exigieron a su vez espacio, atenciones, comida...

En estas condiciones, suele suceder que los regalos se convierten en cargas, y nadie quiere cargas. Por eso las regresan a su origen, de donde vinieron. Pero ya estos regalos no son del todo bienvenidos porque crecieron y traen mañas, o bien porque tienen edad para producir más regalos. Otras veces incluso representan un peligro para sus propias madres, puesto que la hija joven se vuelve presa apetitosa para la voracidad sexual del padrastro, hombres con quienes en la mayoría de casos ya han tenido más hijos, y estos a vez se sienten amenazados por los regalos humanos y entablan luchas por no dejarse quitar lo mismo que les fue negado a los regalos en casa de las abuelas: espacio, atenciones, comida...

Así fue el caso de Concepción. Regresó a casa de su madre, de la que salió a los 2 años, como una adolescente de 13 años y, como siguiendo un manual, un guion de vida, las cosas empezaron a torcerse. El padrastro, la nueva pareja de su madre, empezó a espiarla en el baño, a darle nalgadas cuando pasaba, y su madre, fiel al protocolo, no creyó una palabra cuando ella se lo dijo. Y cada vez que Concepción hablaba de “eso” que le hacía su padrastro y que a ella no le gustaba, su madre le jalaba el pelo, le daba cachetadas, le decía que era una mona ofrecida, que los hombres no son de palo. Eso le hacía su madre a Concepción cuando ella tenía 13 años...

Luego, para seguir fiel el manual de las tragedias, el padrastro repitió el protocolo con las dos hermanas menores de Concepción. Así se pasaba la vida su padrastro, alternando de niña en niña. Las dos hermanas de Concepción lo son solo por parte de la madre, fruto de viajeros distintos. En eso se convierten algunos

hombres por acá, en viajeros que van dejando su sangre en cada lugar en el que aterrizan.

El punto de quiebre en la vida de Concepción, lo que la hizo empezar a moverse, ocurrió un viernes 14 de febrero. En la escuela de Concepción se había organizado un baile. Se jugaría amigo secreto y se repartirían dulces. Ese día el padrastro cuidaba a las niñas. Les dijo que si querían a ir a la fiesta tenían que “hacerle cosas” y además debían firmar un papel en blanco en donde el hombre luego escribió que lo que las tres niñas le hacían era con total consentimiento. Las tocó y ellas se dejaron porque habían firmado una hoja en blanco, la cual Concepción aún hoy piensa que tiene peso legal. Eso tuvo que hacer una niña de 13 años para poder ir a su primera fiesta de San Valentín de su escuela... Luego las mandó a comprar cerveza.

Hace unos meses, cuando el padrastro murió, ella encontró aquel papel buscando entre las cosas del muerto. El hombre lo guardaba celosamente entre unos libros. Al parecer, él también estaba seguro del peso legal de ese pedazo de papel.

No está muy claro por qué mataron a Nelson. Es posible que lo matara la Mara Salvatrucha, pues el muchacho jugaba a asustar a la gente con un símbolo que él hacía con sus manos, el símbolo del Barrio 18. Es posible que lo matara el propio Barrio 18, por considerar una falta de respeto que el muchacho jugara con el símbolo que ellos idolatran como a un dios. Puede que se hayan equivocado y que no quisieran matarlo a él. Puede haber sido alguno de los grupos de exterminio de pandilleros que operan desde los noventa en El Salvador. Hay tantos enemigos que pudo tener Nelson sin siquiera saberlo...

Ese día caminaba con su amigo de infancia; el Papafrita le decían, por rubio, tanto a él como a su hermano. Ambos eran del Barrio 18. A Nelson le decían “Ketchup” en un juego de

palabras con los apodos de esos niños. Iban rumbo a una pupusería a cenar. Y otro muchacho, quizá de la misma edad que ellos, se bajó de un carro y le metió a Nelson cuatro balas en el cuerpo. Le disparó directo a la cabeza y murió en el instante. Concepción escuchó los tiros y luego vio cómo la sangre teñía la ropa que ella aún guarda como un tesoro. Concepción sintió un dolor en el estómago. “Como si algo me faltara, como si me hubieran quitado algo a mí”, recuerda ahora.

Se tardaron menos de 15 minutos en avisar a Concepción de que los disparos que había escuchado eran en contra de su hijo. Pero ella no quiso salir, les dijo que no. Que nadie le había disparado a Nelson, su primer hijo. ¿Por qué habría de suceder algo tan malo? Y pidió a Rodrigo, su pareja, que saliera él. Pero ese hombre la miraba serio, en silencio, como dándole de antemano el pésame.

A partir de aquel 14 de febrero, Concepción llegó al punto álgido de la desesperación. Ya no quería estar en casa e hizo un tímido intento por huir de su familia. Habló con uno de los muchachos que la pretendía y le dijo que lo aceptaría como novio si se la llevaba a vivir a su casa. Él también era muy joven y la llevó a casa de su madre. La aventura no duró mucho. Al siguiente día, la madre de Concepción la estaba esperando en el portón de la escuela y, en cuanto la vio, le enredó los dedos en el pelo y la tiró al suelo. Le pegó hasta cansarse. El novio se limitó a mirar asustado cómo su suegra desbarataba sus planes de familia. Después de eso no volvió a acercarse a la muchacha.

El segundo intento de Concepción por librarse fue un poco más calculado. Ella había notado que su vecino, un señor cuarentón, la miraba con mucho interés. Además, cuando ella pasaba frente a su casa, él siempre le soltaba algún piropo de esos pastosos y añejos, tipo “cómo quisiera yo tener una mi cipota bonita aquí en la casa, le diera yo vida de princesa...”

Ella sabía que su única moneda de canje, lo único que ella tenía para ofrecer, era su cuerpo aún en formación. Así fue. Un buen día ella agarró su ropa –no tenía nada más– y cruzó la calle. Esta vez su madre no se metió.

Concepción no se queja de ese año, así en singular, porque el señor se portó bien con ella. Fue incómodo las primeras noches porque ella no sabía muy bien cómo “dar contento” a un hombre, mucho menos a un señor como aquel. En general, la convivencia fue llevadera, sin grandes sobresaltos, pero ella nunca llegó a estar enamorada. Lo quiso como ella se imagina que se quieren a los padres. Ella nunca tuvo uno.

Con el tiempo, y luego de tantos abrazos más por obligación que por deseo, quedó encinta. Entonces de nuevo el regalo se volvió pesado, incómodo y el señor, probablemente horrorizado por tener que alimentar ahora a dos bocas que le pedirían lo que siempre piden – espacio, atenciones, comida... –, la devolvió a casa de su madre. Y esta recibió el doble regalo con resignación. El segundo regalo, aún en gestación, era Nelson.

Pasaron los años y por la vida de Concepción desfilaron varios novios. Para la ofensiva de 1989 tuvo un pequeño romance con un muchacho guerrillero que estaba apostado en la zona de su casa. Duró poco. Él era mayor que ella y, a modo de cortejo, le regalaba gallinas a su madre para que hiciera sopa. El Ejército entró por todos lados, volviendo aquello un desastre, y tuvieron que irse a un albergue. Del comandante aquel apenas quedó el recuerdo.

Luego estuvo con un soldado, un jovencito de 18 años. Se casaron y todo parecía normal, pero en las vidas de algunas personas estos momentos de remanso solamente anuncian furiosas tormentas. Ella quedó embarazada mientras él estaba en el cuartel. La familia del muchacho se volvió loca porque pensaban que el bebé era de otro hombre, y la miraban con odio; su familia también. Ella insistía en que había pasado mientras ella lo visitaba allá,

pero fue por demás. El odio se quedó ahí. El bebé murió cinco horas después de haber nacido. Hace algunos años, su madre le confesó haberle dado veneno durante el embarazo para matar al hijo. Quizá no quería cargar con un regalo más.

El cadáver del bebé nadie lo retiró porque en el hospital exigen un ataúd para retirar los cuerpos, y ella no tenía dinero. Así que tuvo que dejar que a su hijo lo metieran en una bolsa negra y terminara en una fosa común del cementerio público.

El muchacho, así le dice ella, sin mencionar su nombre, salió del cuartel, y se fueron a vivir juntos. La embarazó de nuevo, y esta vez no dejó que nadie lo envenenara. Nació sano y en unos meses cumplirá 18 años. El muchacho la dejó luego de muchos pleitos. Peleaban porque él tomaba mucho, aunque ese no fue el verdadero problema. No fue por cuestiones morales, o porque cuando se emborrachaba, siempre siguiendo el protocolo de las vidas infierno, la golpeaba. El problema no era que la violaba cuando bebía. El problema fue que en estos lugares, en estas familias, que uno beba mucho significa que otros comen poco. El dinero es escaso. Y el licor, aun el barato de las cantinas, aun el que trasiegan en botellas de aceite y lo tapan con olote seco, es un lujo que para disfrutarlo hay que sacrificar una docena de huevos, una libra de arroz, la medicina o el pago de la pieza. Por eso se dejaron.

Concepción comenzó a trabajar de cualquier cosa, de muchas cosas, para dar de comer a Nelson y a su otro hijo. Ya no podía regresar a casa de su madre, y no quería ser regalo una vez más. En uno de sus tantos trabajos, uno que consistía en llevar, entaconada y en minifalda, cerveza fría a hombres cansados y mal encarados, conoció a un tipo, y luego de varios meses de ponerle sobre la mesa decenas de cervezas frías, acabaron como pareja. Era un hombre casado que se mantenía un día con ella y al siguiente con su mujer. Este hombre también conocía ese protocolo maldito escrito hace tantos años por gente condenada y la embarazó. Pero al hacerlo también dejó

algo más en el cuerpo de Concepción. Le transmitió el virus de inmunodeficiencia humana, la antesala del sida. El hombre al enterarse dejó de alternar y regresó con su mujer. El regalo humano nuevamente se volvió incómodo.

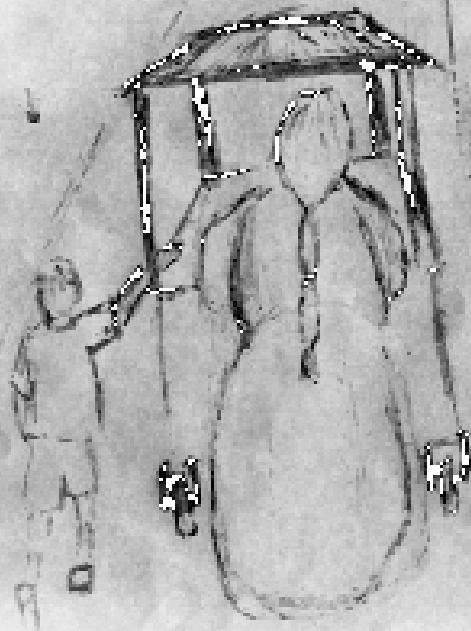
La niña, el fruto de aquella unión, revolotea ahora a nuestro alrededor. Le dice a su madre que se quiere ir para la casa y desparrama sobre mi grabadora un jugo anaranjado. Sus profesoras la han llevado a hacerle exámenes y han salido negativos. Sin embargo, Concepción está segura de que su hija lleva en la sangre lo mismo que ella. Dice que son esas cosas que las madres simplemente saben.

A Concepción en la unidad de salud le dan pastillas antirretrovirales para mantener bajo control la enfermedad, pero ya hace un mes que no las toma. Ya no quiere vivir. La vida, dice, no es un lugar bueno. No se toma las pastillas porque le duele todavía la muerte de Nelson, porque es un segundo hijo el que alguien metió en una bolsa negra. Porque no tuvo dinero para enterrar el primero y tuvo que dejarlo en el hospital. Porque su madre la regaló cuando tenía 2 años. Porque un niño disparó a su hijo en la cara y ella tuvo que verlo muerto sobre una pila y llevarse la ropa ensangrentada para su casa, y tuvo que ver cómo lo volteaban los forenses como si fuera una cosa. Porque ahora no tiene trabajo y su hijo, el que tuvo con el soldado, no quiere darle dinero para criar a su niña pequeña y pregunta a gritos por qué putas no busca trabajo, y ella le responde que ojalá lo hubieran matado a él. Porque todos los hombres la han dejado. Porque nadie le da trabajo. Porque la gente en el mercado no quiere acercársele por miedo al contagio. Porque el pastor dijo en la prédica que el sida es castigo de Dios, y ella no entiende qué cosa le ha hecho ella a Dios para que le vaya tan mal. Por todo eso Concepción no quiere tomar las pastillas.

Cuando por fin Concepción se decidió a salir, no tuvo tiempo de ponerse los zapatos. Corrió descalza, y los pies se le llenaron de la sangre de su hijo. Ya se lo había llevado la Policía, y unos vecinos decían que se lo habían llevado muerto. Ella le suplicó a un agente que por favor llamara por radio a sus compañeros en el hospital, se subió a la patrulla y dijo que no se bajaría hasta que llamaran. El policía llamó y se lo dijo de golpe: “No, el muchacho ya está muerto”. Descalza se fue Concepción hasta la morgue del hospital y encontró a su hijo tendido en una pila con los ojos abiertos. Dice que en las gradas del hospital todavía están las marcas de la sangre de Nelson. Todavía Concepción no entiende por qué pasó aquello. Alguien le ha dicho que Dios le quitó un regalo bueno para darle un regalo mejor, que se enfoque en cuidar a su niña, pero no es suficiente. Ella aún extraña a Nelson. Y no consigue sacarse de la cabeza los ojos abiertos de su hijo muerto.

*Los hombres
que no amaban
a Inés Estrada*

Por Juan Martínez



Todos los días Inés Estrada sale de su casa detrás de un carretón. Sale cuando el día aún no se decide a aparecerse, y las sombras todavía son dueñas de las calles. El carretón lo empuja con decisión, lo cuida, lo trepa lentamente por las cuestas, lo carga como a un bebé si hay gradas y luego lo posa de nuevo en el pavimento para seguir empujándolo. Después de unas cuadras, Inés resopla. Le falta el aire. Desde lo más hondo de su pecho se queja con un chillido su único pulmón.

En el carretón van sus tesoros: joyas, pinzas, aretes, pulseras y diademas. Todas con ese toque reluciente y brillante de la bisutería plástica. A su lado va su hijo. Camina siempre detrás, y cada cierto tiempo le da una ayuda que es poco más que simbólica. Luego de una hora llega a su destino: una parada de buses. Ahí estaciona el carretón y se sienta a esperar que el plástico y la lata deslumbren a alguien y se detenga. Endulza los oídos de las señoritas diciéndoles lo lindas que se verían con su mercancía. Acaricia con la mano cada peineta, cada collar de brillantina, como si estuviese peinando a una niña.

Inés es una mujer grande, de esas torneadas por la calle y los mercados. Lleva en su cuerpo las marcas de una vida violenta. En su brazo izquierdo tiene impresa la cicatriz de una sutura mal sanada. En mitad de su pecho lleva un punto. Es la señal de la cuchillada que la tuvo en coma más de un mes. Tiene 42 años pero aparenta más. Inés ha vivido mucho.

Hablar de ella es hablar de su carretón, cargado de alhajas desechables, de su delantal preñado de monedas, del hijo que la sigue cuando aún no ha salido el sol. Hablar de Inés es hablar de la calle, de las ventas, de la violencia.

Inés nunca conoció a su madre. La mujer la regaló al poco de parirla. Se la dio a la madre de quien la embarazó y huyó. Nadie sabe a dónde. La abuela, a quien Inés llama mamá, no había

terminado aún de criar a sus propios hijos, así que una boca más no fue plato de buen gusto. Para no tener que lidiar con preguntas incómodas, resolvió decir a su nieta que era su hija, y que tanto Franco, su padre, como sus tíos y tías eran sus hermanos. Inés creció engañada por su propia familia.

En los primeros años nunca cuestionó por qué todos tenían zapatos menos ella, ni por qué siempre era la última en comer. Pasó el tiempo, crecieron y con ellos crecieron también las diferencias. Sus tías –hermanas según ella– comenzaron a atacarla. En casa eran muchos y un pedazo de tortilla bien valía una pelea. Ella comenzó a darse cuenta de ciertas alianzas dentro del hogar, alianzas en las que ella siempre quedaba sola. Peleaba, mordía y aruñaba como chucha acorralada, pero siempre eran batallas perdidas de antemano.

Cuando cumplió 12 años y llegó la adolescencia, ese periodo explosivo y frenético donde gobiernan más si cabe los instintos, las cosas se complicaron.

Las pocas fotos de infancia le fueron revelando que algo extraño ocurría en su familia. Al principio comenzó como algo incómodo. Una duda dando vueltas en la cabeza, pero el descubrimiento de la verdad llegó de golpe, como suelen llegar las verdades, como un cañonazo.

Un día, ella y sus dos tías miraban un televisor de mentira que su tío, el Chino, había fabricado con papel. Ante la falta de un aparato de verdad, el muchacho amarraba papel periódico en dos carrizos y los hacía girar dentro de una caja. Hubo un pleito, de esos en apariencia pequeños e inocentes, y las niñas comenzaron a pelear. Eran sus dos tías contra ella. Al principio pudo hacerles frente, pero luego se sumó el Chino. Entre los tres la tiraron al suelo y la patearon. La cosa fue subiendo de tono. La insultaban y la arrastraban por el cuarto. La violencia se les encaramó en la cabeza y con unos palos arrinconaron a Inés, que ya pateaba la línea de la inconsciencia, contra la

refrigeradora. Era un aparato viejo, con el metal corroído, de esos que si se tocan directamente dan descargas eléctricas. Ahí la tuvieron, piel con metal, hasta que la fuerza de la corriente terminó por separarla.

—*Bastarda!*

Le dijeron ese día, y la palabra se le prendió en la cabeza como lapa. En ese momento ella comenzó a investigar, preguntó a una vecina y a otros parientes, fue recopilando información hasta que por fin su abuela se cansó de esconder la verdad.

—*Mirá, Inés, yo no soy tu mamá. Tu mamá te regaló cuando eras chiquita y se fue a la mierda. Yo te crié desde que naciste porque esa mujer ahí te dejó aventada. Mirá, Franco es tu papá. Los demás son tus tíos, y así tenés que respetarlos, como tíos.*

Así le llegó la verdad a Inés. Disparada desde el cañón furioso de su abuela.

Eso fue como una licencia para sus tíos. Comenzaron a maltratarla cada vez más y “Bastarda” pasó a ser una palabra cada vez más frecuente en el vocabulario familiar. Ese fue el primer cañonazo de su vida. De ahí para adelante todo fue a peor.

Una mujer se para al lado del carretón de Inés e inspecciona lo que hay. Inés salta como resorte de su banquito y comienza a acariciar los artículos. Coge un rulo para el pelo y se lo muestra, saca un juego de ganchitos y lo abre como abanico. La mujer duda, pero al final compra un collar plateado. Es la primera venta del día, y con los 50 centavos Inés corre a comprar un pedazo de queso y un par de tortillas. No ha desayunado nada

y el bocadito parece que le da nuevas fuerzas. Vuelta a empezar. Se para y seduce a los que pasan con su arenga medio cantada.

El sol hace brillar las peinetas doradas, y la brisa mece los collares de colores. Todos relumbran a la gente que baja de los buses, y a mí hasta me parece que tienen vida propia. El carretón es en realidad un coche de bebé. Uno grande, para gemelos. Tiene dos cunitas, una frente a la otra, y Inés lo ha reforzado con una estructura de metal para que resista el trote de la calle. Ella espera con paciencia que den las 12 y media. Es la mejor hora para vender porque termina la jornada matutina en las escuelas, y a las adolescentes el relumbrar de la bisutería las atrae, como la miel a las hormigas.

Cuando Inés tenía esa edad, todo a su alrededor cambió. Franco pasó de un día para otro de ser un hermano más a convertirse en su padre. A él no le importó mucho que su hija supiera la verdad, y siguió su vida. Era alcohólico desde hacía años, de esos a los que el guaro barato de las cantinas les controla la voluntad. Una noche de esas en las que Franco llegaba rompiendo puertas y volteando mesas, ella vio algo distinto en él. La buscaba ansioso, con llamas en los ojos. No había mucho lugar donde esconderse. La casa era pequeña, y Franco se acercó a su cama.

—*Sí –le dijo–, aquí está... Mi niña favorita.*

Y metió la mano debajo de las sábanas.

Ella hoy recuerda el dolor, los gemidos húmedos de guaro, las manos intrusas y callosas, una lengua viscosa lamiéndole la cara, una barba rasposa en las mejillas, unos ojos con fuego... La escena no tardó en volverse cotidianidad. A Franco las llamas le volvían a los ojos cada cierto tiempo y, cuando eso ocurría, los que dormían en el mismo cuarto –su abuela, sus tíos– volteaban a la pared y dormían más profundo.

A las tías de Inés, a quienes aún se refiere como hermanas, con la llegada de la adolescencia les vino también el acné. La maldición de esa edad. Poco a poco la cara se les fue llenando de volcancillos, cráteres rojos que en su caso llegaron para quedarse. Por alguna razón Inés no sufrió ese embate, y su cara se mantuvo lozana. Los ojos, claros como la miel; el pelo, marrón tirando a rubio; los senos, grandes y bien torneados, y las caderas, anchas.

Los muchachos de la vecindad comenzaron a rondar la casa, a decirle cosas. Llegaban de visita a conquistarla. Esto, lejos de ser algo bueno, se convirtió en un calvario para Inés. Sus tías arreciaron la ofensiva contra ella, y las golpizas se volvieron más frecuentes. La palabra volvió a sonar una y otra y otra vez: bastarda, bastarda, ¡bastarda!

Inés pensó muchas veces en deshacerse la cara con un cuchillo. Quería hacerse surcos en las mejillas y terminar a filazos con la envidia de sus tías. Soñaba que si llegaba un día con el rostro hecho jirones, su familia la querría, y dejaría de escuchar la palabra.

Inés está convencida de que si ciertas personas con buena intención le compran y le desean sinceramente prosperidad, la venta quedará bañada en una especie de sortilegio, como un hechizo que hace que el día sea bueno y que se venda mucho. A ese poder las vendedoras le llaman “tener buena mano”. Si, por el contrario, alguien compra con envidia, deseando el mal, la venta puede quedar “salada”, y ese día no se venderá nada, los clientes verán opaca la mercadería y seguirán su camino sin detenerse. Algunas vendedoras, en el afán de acabar con la competencia, incluso pueden lanzar un pucho de sal. Si esto pasa, no hay nada que hacer, salvo esperar que llegue alguien con buena mano a deshacer la brujería con su buena voluntad.

Alrededor de Inés hay otras ventas. Está la de María, que oferta sus pollos a gritos; está el jovencito callado que vende CD; y está también el pequeño negocio de don Paco, el peluquero. Con tanto movimiento, esta esquina es asediada, como todas las ventas de la zona, por los rapaces de la ciudad. Los pandilleros llegan a cobrar una especie de cuota que han impuesto a fuerza de barbarie. Inés no la paga porque no tiene cómo. A cambio, los pandilleros a veces elijen de su carretón algún arete, alguna peineta. No la piden, solo la toman. El temor los ampara. A Inés no le queda más que ignorarlos con resignación y esperar que no se lleven algo muy caro.

Frente a su carretón pasa ahora un hombre entrado en años. Lleva sombrero y luce un bigote ancho invadido por las canas. Camina rápido, echa una ojeada hacia la esquina y acelera el paso. Es Franco. Camina por aquí todos los días, e Inés lo recibe siempre igual.

—*¡Viejo sinvergüenza!*

Dice Inés, bajito, casi inaudible.

También su tío, el Chino, pasea por aquí. Pero él no baja la mirada como Franco, se le ensarta en los ojos a Inés hasta que ella le da la espalda o baja la cabeza. Ella le tiene miedo y, cada vez que lo mira, se vuelca sobre su carretón a acomodar su venta. Cambia de lugar las peinetas, intercambia las diademas por los anillos plásticos. Lo hace con movimientos frenéticos, como si de la rapidez del cambio dependiera su vida.

Hace años, ya entrados todos en la adolescencia —ella y sus tíos— el Chino era quien llevaba las riendas de la casa. Se convirtió en el macho alfa. La abuela de Inés pasaba el día vendiendo tortillas, a Franco el imán de la cantina lo llamaba desde temprano, y los demás simplemente lo dejaban gobernar. Un día Inés salía del baño, un cuarto pequeño, improvisado al lado de la pila. Se pensaba sola en casa por ser esa hora de la tarde

en la que todos trabajaban o estudiaban. Sin embargo, desde adentro de un cuarto sintió una mirada encendida.

Esta vez las llamas estaban en los ojos del Chino. Este se paró, no le dijo nada, estaba como poseído. Arrancó a Inés la toalla con la que se tapaba, y la escena volvió a repetirse como un ritual: dolor, gemidos húmedos, lengua viscosa, manos intrusas, ojos con fuego.

Aquella vez, la primera, cuando Franco se metió en su cama, Inés se lo dijo a su abuela. Le dijo que no le gustaba lo que le hacía su padre, que le dolía. En realidad no estaba muy segura de lo que le habían hecho, apenas llegaba a realizar que no le gustaba. Su abuela la golpeó. Le dijo que ella era una mal pensada y una mal agradecida. Esta vez con el Chino ya ni siquiera lo intentó. Solo volvió a la ducha y se bañó de nuevo.

Cuando Inés se graduó de bachiller, hubo un momento de calma en su vida. Tenía 18 años y las cosas comenzaron a ir mejor. Ella recuerda ese tiempo con nostalgia. Siempre ha pensado que desde que nació la acompaña una especie de sombra maligna, como un ave oscura invisible que revolotea a su alrededor arruinándolo todo. En esos días llegó a pensar que el ave se había ido, que la había abandonado para siempre.

Conoció un hombre. Un señor que le doblaba la edad. Ella trabajaba en una pequeña empresa en el centro de la ciudad, y él la esperaba a la salida todos los días. Le regalaba dulces y flores, la acompañaba a su casa, se hicieron novios, y sus tías y su abuela parecían aceptar la relación. Fue entonces cuando él le propuso que formaran un hogar, que se casaran. Inés estaba segura de que todo saldría bien. Compró una cocina, un juego de platos, una plancha. No quería llegar con las manos vacías.

También conoció a una amiga, una cosmetóloga conocida de

una de sus tías. Se volvieron inseparables. Salían los viernes y los sábados y terminaban borrachas riéndose de la vida.

Un día, mientras caminaba con su novio del brazo, una mujer se le acercó.

—¿Usted es Inés? – le preguntó.

—Es que fíjese que él es mi marido.

Este nuevo cañonazo casi la derribó. Salió corriendo y se subió al primer bus que encontró. Llegó a su casa y se encerró a llorar. Entró en una depresión crónica, una especie de embotamiento amargo. Así pasó mucho tiempo. Dejó de hablar. Iba al trabajo sin ganas. Aquella mujer comenzó una ofensiva contra Inés. La esperaba afuera del trabajo, la amenazaba, le decía que iba a matarla. Un día le puso una pistola de juguete en la frente y le gritó hasta quedarse sin voz.

Así pasaron los días, entre amenazas y llantos, hasta que la mujer dejó de llegar. Las cosas comenzaron a normalizarse. Seguía saliendo con la cosmetóloga a emborracharse, cada vez más seguido. Seguía llorando en su cuarto o en la barra de algún bar. Hasta que una tarde, a la salida de su trabajo, Inés sintió una mano en la cara, como un zarpazo. Era la misma mujer. Luego un segundo zarpazo, más fuerte, que la mandó al suelo. Luego, mientras ella se ponía de pie, le atravesó el pecho de una puñalada.

Fueron varias semanas en estado de coma. Los médicos dijeron a la familia que moriría. No fue así. Ella se prendió a la vida. Perdió un pulmón y la cuchillada le rozó una arteria. Pero salió adelante.

Algunas veces su amiga, la cosmetóloga se quedaba durmiendo con ella, cuidándola, e Inés se sentía bien. Estaba acompañada. Una noche de esas de la estación lluviosa, con

truenos y relámpagos iluminando el cielo, Inés distinguió otra vez aquellos ojos en llamaradas que ya le eran familiares. Volvió a ver en los ojos de su amiga esa mirada incendiada que ya conocía por su padre y por su tío. El ritual volvió a empezar. Otra vez los gemidos húmedos, las manos fisgonas, la lengua abusiva, el fuego en las pupilas...

Inés conoció a varios hombres luego, cada uno peor que el anterior. Tuvo dos hijas con un compañero de trabajo que luego se hizo su novio. Amable al principio y una fiera con los años, comenzó por gritarle cuando llegaba a casa y terminó rompiéndole a patadas un brazo. Le pegó tan fuerte que el hueso salió a la superficie. Con el tiempo él se fue con una de las tías de Inés, y se llevó a las dos niñas. Este cañonazo la desmoronó por completo.

Después comenzó el periodo que hoy Inés recuerda como el más oscuro. Se la pasaba en bares de mala muerte llorando sus penas frente a una botella de cerveza. Varias veces, en medio de la borrachera, se le volvieron a aparecer aquellos fuegos de infierno en los ojos de los hombres. Como resultado de esos días nebulosos nació Ulises, el niño que ahora la sigue por las calles cuando el sol aún duerme.

Ella no lo quería; era el recuerdo vivo de una noche violenta con un extraño. Pensó varias veces en abortar. Nunca se decidió, y a los nueve meses nació y decidió regalarlo, como hace muchos años su madre hizo con ella. Se lo dio a una mujer joven que crió al niño durante 12 años. Luego, antes de morir de sida, se lo regresó a Inés. Ella y el niño no se conocen, lo van haciendo mientras empujan juntos un carretón de fantasía por las calles de San Salvador.

Luego de Ulises, tuvo otras dos niñas con otro hombre. Este, siguiendo la tradición de los amores de Inés, es violento y celoso. Al igual que Franco, pasa su vida embrujado por ese brebaje maldito de las cantinas. A veces la borrachera se le

convierte en odio y arremete contra ella y contra las niñas. Inés ha pensado en dejarlo. No lo hace porque es él quien paga la pieza donde viven. Es lo único que la detiene. Por eso soporta.

Cuando el día termina, Inés cubre la venta con un plástico. Descuelga las cadenitas de lata y las pone una sobre otra. Se dañan con facilidad, y por eso lo hace con cuidado. Junta las diademas y las tiaras en un solo lugar. Los aretes y las pulseras las mete en bolsitas. Descuelga las sombrillas que la han protegido del sol, y las ensarta en los lados del carretón. Ulises está cansado pero no se queja. Le ayuda mover el pequeño tanque en que se ha convertido el carretón. Así, juntos se van caminando por las calles.

Esta es Inés. Ella es su carretón. Ella se extiende en sus hijas, en las que le quitaron y en las que la esperan en la casa. Se extiende en Ulises, su escudero, es esa cicatriz en el pecho. Es su historia, inundada de dolores. Ella es esa sombra mezquina que se resiste a abandonarla. Ella es también aquellos ojos con fuego que la han escrutado tantas veces.



La huida de Eva

Por Juan Martínez

Eva tiene 21 años, dos hijos y vive huyendo. La acompaña Rudel, su novio. Huyen juntos. Ella es morena y menudita, y su voz se escucha dulce y suave a pesar de todos los improperios que dice. Es vendedora. Todos los días llena un canasto con fruta de temporada y se pierde en decenas de comunidades de San Salvador para pregonar la venta. Eva y su familia huyen porque la pandilla Barrio 18 los ha sentenciado a muerte. Las amenazas vinieron en forma de balas y muertos. Un día, hace varios meses, un miembro de esta pandilla comentó que Rudel y sus amigos parecían mierdas secas, como le llaman despectivamente a los miembros de la Mara Salvatrucha 13.

Del grupo solo queda Rudel; a todos los demás los asesinaron. Quizá por eso Eva y Rudel la pasan juntos todo el tiempo. Venden hombro a hombro desde que sale el sol hasta que se oculta, porque saben que si no venden lo suficiente, no comerán; ni ellos ni los dos niños. Por eso caminan incansables y pregonan a gritos sus mercancías por un sinfín de callejones. Temen el 18, el código de quienes les han condenado a muerte, y esperan no encontrárselo en los muros ni en los cuerpos de los jóvenes.

Cuando no venden y la situación económica los asfixia, Rudel se vuelve violento. La mira a la espera de una provocación y se mece fuerte en una hamaca. Si en ese momento algo sale mal, un plato mal puesto, un roce, una palabra, una mirada, Rudel salta enloquecido. Así es la vida de Eva. Todos los días reta un poco a la suerte metiéndose en territorios prohibidos para vender sus productos, escapando de los pandilleros y esperando que cada noche, al regresar a casa, su pareja no intente golpearla.

Eva nació en San Salvador. Nunca ha vivido fuera de este lugar. Tiene solo un hermano menor. Su madre los crió por unos años, hasta que optó por lidiar con otro problema. El padre

era un alcohólico empedernido al que había que buscar en las cantinas luego de una semana de borrachera. El licor lo destruyó por completo, se lo comió por dentro. Su cuerpo quedó tirado en el camino que lleva hacia una cantina. Su madre, luego de enviudar, marchó quién sabe a dónde, pero antes de irse hizo a sus hijos un favor, quizá el único que les hizo en toda la vida: los regaló. La pareja rebotó de familiar en familiar. Vivieron con una prima, con una tía y con alguna mujer desconocida que ya se ha perdido en los recuerdos de Eva. La familia se los pasaba de mano en mano hasta que por fin quedaron al cuidado de su abuela paterna, una mujer entrada en años que ya tenía su propia tribu que sacar adelante. La mujer los crió haciendo malabares con la comida, restando de un plato para sumarle a otro. Estirando el dinero, rotando la ropa.

Eva y su hermano crecieron, y vinieron los problemas. Ella conoció a un muchacho. Parecía buena gente; era un predicador. Se subía a los buses con camisa blanca y corbata, Biblia en mano, a invitar a los pasajeros a convertirse en siervos de Dios. A ella le gustó enseguida. Comenzaron a salir y, como se acostumbra en estos ambientes, él se fue a vivir con ella a casa de la abuela. Fruto de esa unión nacieron Carlos y Beatriz, los dos hijos de Eva. Con el tiempo el pastor abandonó la familia y también su vida como predicador. Ahora se la pasa con los pandilleros de la colonia. Eva no sabe si pertenece formalmente a la pandilla, pero prefiere no preguntar, voltear la mirada cada vez que lo encuentra y acelerar el paso. Le tiene miedo. Conoce las reglas de su mundo.

Luego conoció a Rudel, un joven vendedor de lo que sea. Lo conoció como un hombre trabajador, atento pero serio, con una mirada penetrante y arisca. Por eso días el muchacho vivía en casa de una mujer mayor. Ella a su vez tenía sus propios hijos, pero le había dado dónde vivir a su joven amante. A Rudel la jovencita que pasaba todos los días frente a la casa con un canasto de fruta en la cabeza le gustó. Comenzaron con miradas pícaras, estas dieron luego paso a las palabras, para

terminar viviendo juntos en la casa de la abuela de Eva.

Rudel tiene un carácter explosivo, una mirada profunda que dispara contra todo el mundo y una furia en el pecho que explota ante el menor signo de provocación. Los tíos de Eva comenzaron a incomodarse con la presencia de este hombre huraño en la casa. Empezaron los roces y las amenazas. Les pidieron que se fueran. No los querían en la casa. Rudel no se deja intimidar fácilmente y no hicieron caso. Pero un día los hombres de la familia tomaron los machetes e hicieron pedazos la cama de la pareja, una advertencia de lo que le podría pasar si no se largaban. Esa misma noche Eva y Rudel tomaron a los dos niños, las pocas cosas que podían cargar y se fueron sin decir a nadie el rumbo. Ese día comenzó la huida.

Hace unos meses Rudel y Eva viajaban en bus rumbo a su casa. La unidad iba llena, así que la pareja tuvo que sentarse separada. Eva quedó al lado de un hombre, un señor entrado en años. El tipo comenzó a hablarle, le dijo que era una muchacha muy bonita, que se veía que era trabajadora, incluso que harían buena pareja. Eva calló. Al bajarse del bus, Rudel tenía el ceño fruncido, y la cólera se le salía por los poros.

—*Andate para la casa. Ya voy a llegar yo* –le dijo.

Se quedó en una tienda, fumándose un cigarro, pensativo, callado. Al llegar a casa se acostó en su hamaca, se quedó un buen rato meciéndose con fuerza, con los ojos puestos en Eva.

—*¿A dónde putas vas?* –le preguntó a su mujer cuando la vio tomar las llaves de la pieza.

—*A vender, si en la mañana no hemos hecho ni mierda de pisto.*

En ese momento cayó el primer golpe en la cara de Eva. Le pegó tan fuerte que las lágrimas brotaron al instante. Luego vinieron otro y otro. Ella trató de defenderse, cerró los puños y trató de pelear, pero era una lucha desigual. Le golpeó en el rostro hasta que la tumbó. Una vez en el suelo, comenzó a patearla, a aplastarle la cabeza con sus botas, mientras ella trataba de aferrarse a las piernas para restarle fuerza, pero cada vez que lo intentaba, Rudel se la sacudía con un nuevo golpe. Ese día no habían vendido nada.

Eva ha sido vendedora toda su vida. Los únicos años que no se dedicó a esto fue mientras estudiaba, pero duró muy poco, y ella apenas guarda un par de recuerdos de esos años. Desde la adolescencia está inmersa en ese frenesí de la venta callejera. Es una dinámica difícil. Hay que estar pendiente de las “cachadas”. Con este término llaman en la calle a aquellos artículos, por lo general de fabricación china, que se venden baratos porque se adquieren al por mayor. También se conoce con ese nombre la mercadería de contrabando, la que entra al país sin pagar impuestos; y la tercera variante son los artículos que bandas de asaltantes logran robarle, a punta de fusil, a los furgones que transitan en las carreteras. De una u otra forma, los productos terminan vendiéndose en el centro de la capital, y las vendedoras como Eva deben estar atentas, pues se acaban pronto. Cuando hay cachadas estas mujeres corren en manada a comprar y en ocasiones el dinero lo logran de los coyotes, como les llaman a los prestamistas informales, que les prestan a intereses leoninos.

Cuando esto no sucede, Eva compra fruta de temporada –aguacates, mangos, plátanos– o se pasea pregonando con varios cartones de huevos sobre su cabeza. La ganancia es mínima, y en su caso está la incertidumbre de saber dónde pone el pie, pues los pandilleros del Barrio 18 pueden reconocerla y hacer efectiva la sentencia.

Rudel la acompaña a vender cuando puede. Es un riesgo que un joven como él se pasee por esas comunidades. Pueden confundirlo con un pandillero enemigo o simplemente considerar su presencia un agravio; por eso caminan rápido y, cuando detectan a pandilleros, aceleran el paso, como si escaparan de un depredador. Así pasan la vida, huyendo.

Eva no tiene más apoyo que el de Rudel, así de mal está. No tiene más remedio que pasarse la vida huyendo a su lado. Su familia le ha dicho que mientras esté con Rudel no quiere saber de ella. Ella incluso teme que los busquen para quitarle a sus hijos y para matar a Rudel. Por eso ahora viven, o se esconden, en casa de la madre de él. Pero ahí viven también las hermanas de Rudel, y la lucha por el espacio es una guerra constante.

Eva tiene problemas de nervios. Todas estas cosas la afligen. Se le nota en la voz: habla rápido y parece asustarse de sus propias palabras. Abre los ojos como platos cuando cuenta algo fuerte, y baja la voz, la convierte en susurro, cuando cuenta de las golpizas de Rudel. Ya ha pensado en denunciarlo, una vez fue hasta la Policía Nacional Civil, pero no reunió fuerzas para firmar la denuncia. Su lógica es simple.

—Si lo denuncio, lo meten preso; y si lo meten preso, la mamá me va a echar de la casa; y si ella me echa de la casa, ¿a dónde me voy con mis hijos?

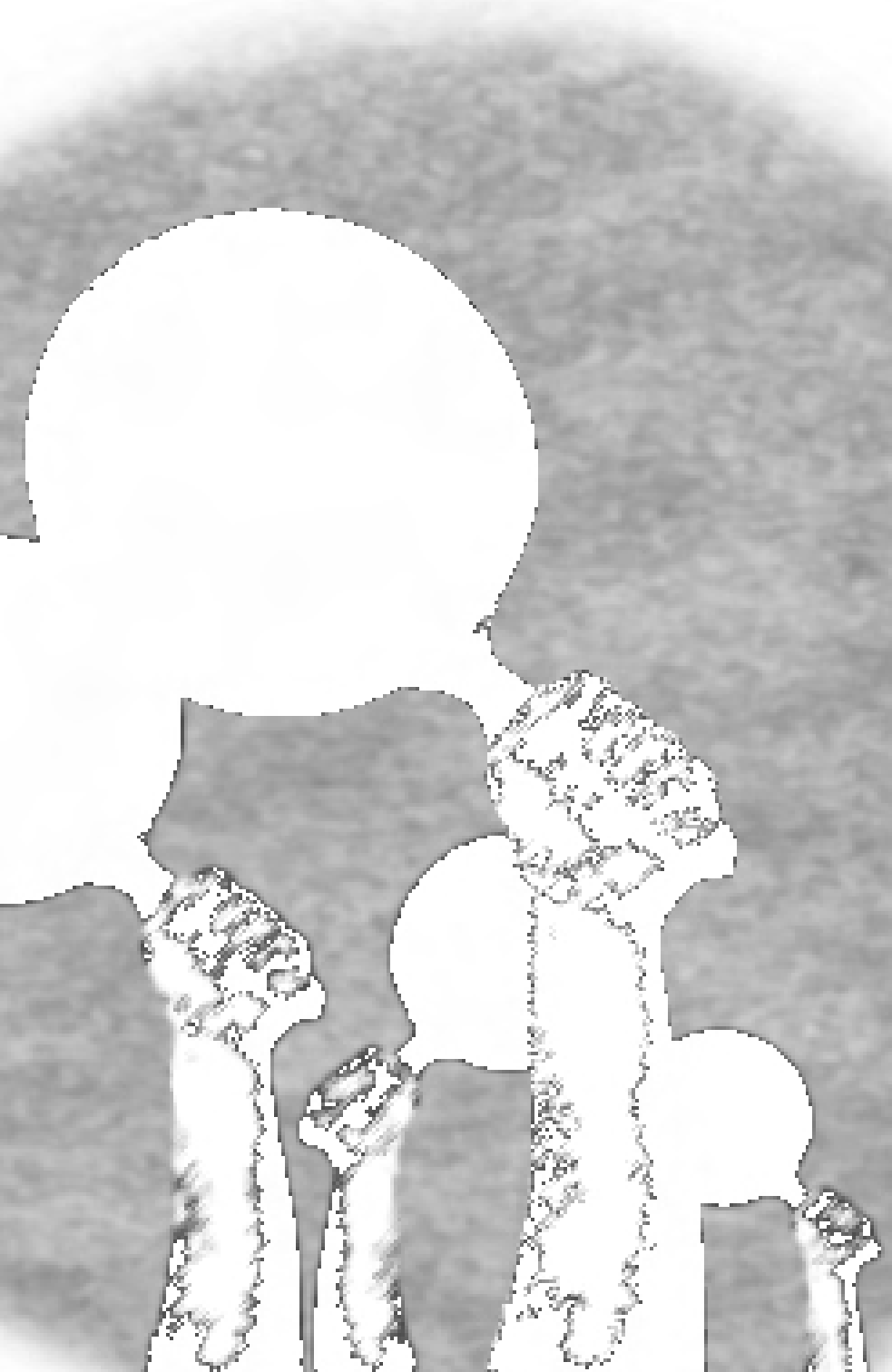
Es una lógica dura y cruel, pero pragmática. Su estrategia es hacer frente a la vida, como vengá. Rudel no es del todo malo, eso dice ella. Quiere a sus hijos, los cuida como si fueran suyos. A Beatriz, la más pequeña, le enseñó a caminar; la tomaba de la mano por horas hasta que la niña consiguió poner un pie delante del otro. A Carlos trata de educarlo a su manera. Le ordena a Eva no acariciarlo mucho y pegarle más. Cree que esa fórmula es la correcta para que el niño no se vuelva maricón.

Hace unas semanas, Carlos se orinó en la cama mientras dormía. Rudel dictaminó que era señal inequívoca de mariconería, y que por tanto debía de aplicarse el conjuro que ahuyenta ese mal. Cogió un cincho de cuero y comenzó a pegar en la espalda al niño. Eva se metió y entonces los golpes, ya sin el cincho, se dirigieron hacia ella. Le pegó el primero en la nariz, las lágrimas, como ocurrió aquella vez, salieron automáticas. Luego vinieron los demás, mientras ella luchaba por no perder el equilibrio. Esa vez le fracturó la nariz. Ese día no habían vendido nada.

Eva ve el futuro como un gran mal que se le viene encima, como una gran desgracia. A veces cree que Rudel no es la figura de padre que quiere para sus hijos; sin embargo, no sabe qué tipo de hombre buscar. La única imagen de un padre que tiene en su cabeza es la de un hombre que murió camino a una cantina.

Hace unos días Rudel la quiso matar. La tiró al suelo y la estranguló con sus manos hasta dejarla inconsciente. La cara se le puso morada y aún le duele. Esa vez no hubo un motivo; fue quizá una mirada, quizá un roce de descuido en la hamaca donde él se mecía nervioso. Ella misma tuvo que limpiar la sangre del suelo, la sangre que corrió como un río cuando su marido le estampó el puño en la cara. Luego cenaron en silencio la poca comida que había en casa. Ese día tampoco habían vendido nada.

Por el momento Eva sigue vendiendo huevos, balanceando los cartones en la cabeza por comunidades peligrosas. Acelera el paso cuando detecta a aquellos que les juraron la muerte. Averigua dónde venderán la próxima cachada, acostándose todas las noches en la misma cama de Rudel, confiada en que ese polvorín que su hombre lleva adentro no explote como ya ha pasado tantas veces. Pronto tendrán que irse de la casa de su suegra. La guerra con sus cuñadas es cada vez más intensa, y teme que puedan dañar a sus hijos. Por eso Eva seguirá huyendo, como ha hecho durante estos años.



*La rebelión de
las caceroles
(Desde los ojos de Amelia)*

Por Boanerges Guevara

A media mañana Amelia coloca su plancha metálica en una de las esquinas de la comunidad, justo bajo una pequeña y destartalada champa con techo de lámina y retazos de plástico y ramas de árbol como paredes. Uno a uno saca con displicencia los pesados huacales que contienen la masa de maíz y el agua. Camina despacio desde su casa hasta la esquina, con los recipientes sobre su cabeza, balanceándose. No pierde oportunidad para comentar el odio que siente hacia el trabajo de hacer tortillas, pero lo dice consciente de que todo lo que tiene es gracias a él.

El trabajo lo heredó de su madre. Tanto Amelia como sus dos hermanas ayudaron desde niñas a mantener el negocio. Pedro, el padre, se dedicaba a la venta de maíz y leña y, aunque sus maneras de ganarse la vida eran complementarias, la relación entre ellos nunca fue la mejor. Amelia recuerda a su padre como un hombre autoritario y violento con su mujer y sus hijas. Recuerda cómo él se arrogaba la potestad de gastar todo el dinero que ingresaba en el hogar, sin dejar que ellas administraran ni un solo centavo. Por eso, las ganancias de los dos negocios solían tener un mismo destino: las abarroterías y las cantinas de la comunidad.

En algunas ocasiones Pedro vendía el maíz y la leña a su propia mujer, pero lo hacía a un precio más alto del que se la vendía a otros clientes. Decía que así podía recapacitar sobre lo duro que es la vida. Solo la astucia de las mujeres de la casa les permitía burlar la rigidez del régimen impuesto: entendieron que lo mejor era esconder parte de las ganancias del negocio, para así comprar víveres que consumían a escondidas.

También fueron años de golpes. Si cualquiera de ellas no se encontraba en casa a la puesta del sol, las opciones eran dos: la esperaba y al llegar la recibía con el cincho de cuero mojado en la mano, o cerraba la puerta y la obligaba a dormir en el

corredor de la casa.

Amelia conoció las dos opciones. Cuando su padre decidía esperarla, el recibimiento era el cuero humedecido que marcaba su espalda y las botas recias que martirizaban su cuerpo. Durante el castigo, la que se interpusiera era castigada de la misma forma. En el otro extremo, cuando lo que hallaba al llegar a casa era una puerta cerrada, tocaba dormir acurrucada a la intemperie, tirada sobre una de las bancas de madera que se encontraba en el corredor principal de la casa. A la mañana siguiente, Pedro abría la puerta y soltaba una frase con su voz imponente: “Solo la cinquera me falta, porque las putas ya las tengo”.

Al rayar el mediodía, la venta de tortillas llega a su punto de locura. Las mujeres de la comunidad llegan a la pequeña champa de Amelia y esperan mientras comentan las vicisitudes de la colonia, de cada habitante... Es un lugar donde el chambre fluye como el agua por una quebrada tras la tormenta. El calor es insoportable, y la tez blanca de Amelia se torna roja y sudorosa.

Amelia estudió hasta primer año de bachillerato, el dinero no alcanzó para más. Por las mañanas ella era la responsable de lavar el maíz e ir al molino, para que la madre pudiese luego poner la venta de tortillas del día. Como el dinero que ganaban era poco y el padre lo malgastaba en alcohol, las mujeres del hogar recurrían a lavar y planchar ajeno. Amelia recuerda que se aprovechaban de su inocencia y por un exiguo jornal no solo lavaba y planchaba, sino que también le tocaba ir al mercado, cocinar y hasta hacer la limpieza general de la casa.

Cuando dejó de estudiar, Amelia entró a trabajar en una maquila,

donde estuvo cinco años. Inició con la responsabilidad de hacer la limpieza en las instalaciones, pero, visto su buen desempeño, a los pocos meses le ofrecieron quedarse más tiempo y aprender a usar las máquinas.

Esa oportunidad no la desaprovechó. Logró pasar de simple operaria de limpieza a responsable del área, luego costurera, controladora de limpiado, controladora de calidad, hasta convertirse en supervisora. Sin embargo, a la par de su crecimiento personal, también aumentaron las envidias de algunas de sus compañeras, que comenzaron a hacerle la vida imposible dentro de la fábrica. No aceptaban que una mujer que había entrado como barredora ahora ocupara el puesto de supervisora, menos aún que les diera órdenes.

Debido a los conflictos, Amelia tuvo que renunciar a su puesto y solicitar que la dejaran como costurera. Tras la reubicación, el dinero que ganaba era menos, pero alcanzaba para sobrevivir y mantener a la familia. Cada quincena recibía su salario, que entregaba intacto a su madre para los gastos del hogar y para mantener a flote el negocio de las tortillas.

Mientras esto sucedía, Pedro seguía con su particular régimen disciplinario. Las hijas aconsejaban a su madre que lo abandonara, pero ella respondía que si faltaba el hombre en una casa, cualquiera podría llegar y hacer con ellas lo que quisiera. Así el padre seguía imponiendo sus reglas. Con las tres hijas en edad de criar, le agarró por decir que en el momento que una quedara embarazada, la colgaría boca abajo y a puñetazos le sacaría la criatura.

Uno de esos días, al atardecer, el iracundo padre se preparaba para golpear a su mujer, pero algo distinto sucedió: Amelia y sus hermanas se interpusieron armadas con cacerolas viejas.

—No le va a pegar, porque mi mamá no es su hija; es su esposa —le dijo con voz temerosa.

El viejo, al verse amenazado por el frente común formado por las mujeres del hogar, se limitó a gruñir y mascullar algo inaudible. La acción de protesta supuso un antes y un después, y a partir de esa noche el régimen de terror impuesto por Pedro fue cayendo poco a poco, caída en la que también influyó el evidente deterioro físico como producto de los excesos con el alcohol. Pedro, de hecho, no tardó en fallecer.

Sin el elemento que dilapidaba los ingresos, la vida en la casa pronto adquirió calma en cuanto a la ausencia de sobresaltos y conflictos familiares, y también cierta bonanza económica. El aporte que las dos hijas mayores hacían como asalariadas, unido al negocio de las tortillas que mantenían la madre y la hija menor, les permitía vivir con holgura.

Terminada la venta de tortillas, Amelia regresa a la casa de su madre para elaborar el almuerzo. Cuando hay tiempo, una de sus hermanas le ayuda en la elaboración de los alimentos. Ellas tienen una organización que les permite salir con todos sus compromisos. Amelia se encarga del negocio de las tortillas por la mañana, su hermana Elena la releva por la tarde, y la más joven se hace cargo de los oficios de la casa y de verificar si los hijos asisten a la escuela.

Hace un año Amelia inició sus estudios de inglés; por esa razón, la tarde la ocupa en sus clases. Ya tiene su cartón de bachiller, luego de haber sacado el último año en horario nocturno. Pero toda esta iniciativa de continuar los estudios surgió cuando comenzó a ver a sus hijos crecer y meditó en el ejemplo que les quiere inculcar. Comenta que, a pesar de ser mayor, aún tiene la ilusión de convertirse en una profesional en el ramo de los idiomas.

La maquila en la que Amelia trabajó por cinco años quebró, y la estabilidad laboral familiar que se tuvo durante una temporada se desvaneció al mismo tiempo que los patrones enviaban a descansar a las operarias por períodos no remunerados de 15 días. Al regresar de esos períodos de inactividad, las obreras comprobaban que cada vez eran menos las máquinas y, ante lo que parecía inevitable, comenzó a fraguarse una disputa por la indemnización que les correspondía.

Este conflicto llegó en uno de los peores momentos para Amelia, pues hacía cinco meses que había conocido a un joven llamado Roger, y ambos esperaban su primer hijo. Amelia desesperadamente buscaba otro trabajo, pero nadie la contrataba. “Una mujer embarazada es una responsabilidad más para el patrón”, dice ahora. Roger, por su parte, estaba también desocupado y, a pesar de estar esperando un hijo, creía poder resolver la vida de otra forma.

En la maquila las mujeres comenzaron a dar forma a un sindicato, y Amelia, sin saber mucho de las consecuencias que suponía la lucha sindical en un país como El Salvador, ingresó como miembro de la junta directiva. A ella sólo le importaba tener trabajo para poder mantener a su hijo y a su familia. Solicitaron la indemnización, y las que mantuvieron la lucha hasta el final, como fue el caso de Amelia, lograron el cien por ciento de lo que les correspondía, incluso la afiliación al Seguro Social para las embarazadas.

Con el dinero, Amelia y Roger decidieron acompañarse y comprar todo lo básico para mantener un hogar. Sin embargo, el dinero pronto se esfumó, y tres bocas se vieron sin una fuente de ingresos estable. Las penurias volvieron a la vida de Amelia. En repetidas ocasiones acudió a su madre y a sus hermanas, porque no tenía nada que darle de comer a su bebé. Empeñaron sus pertenencias, hasta verse sin más que un par de

sillas y una cama.

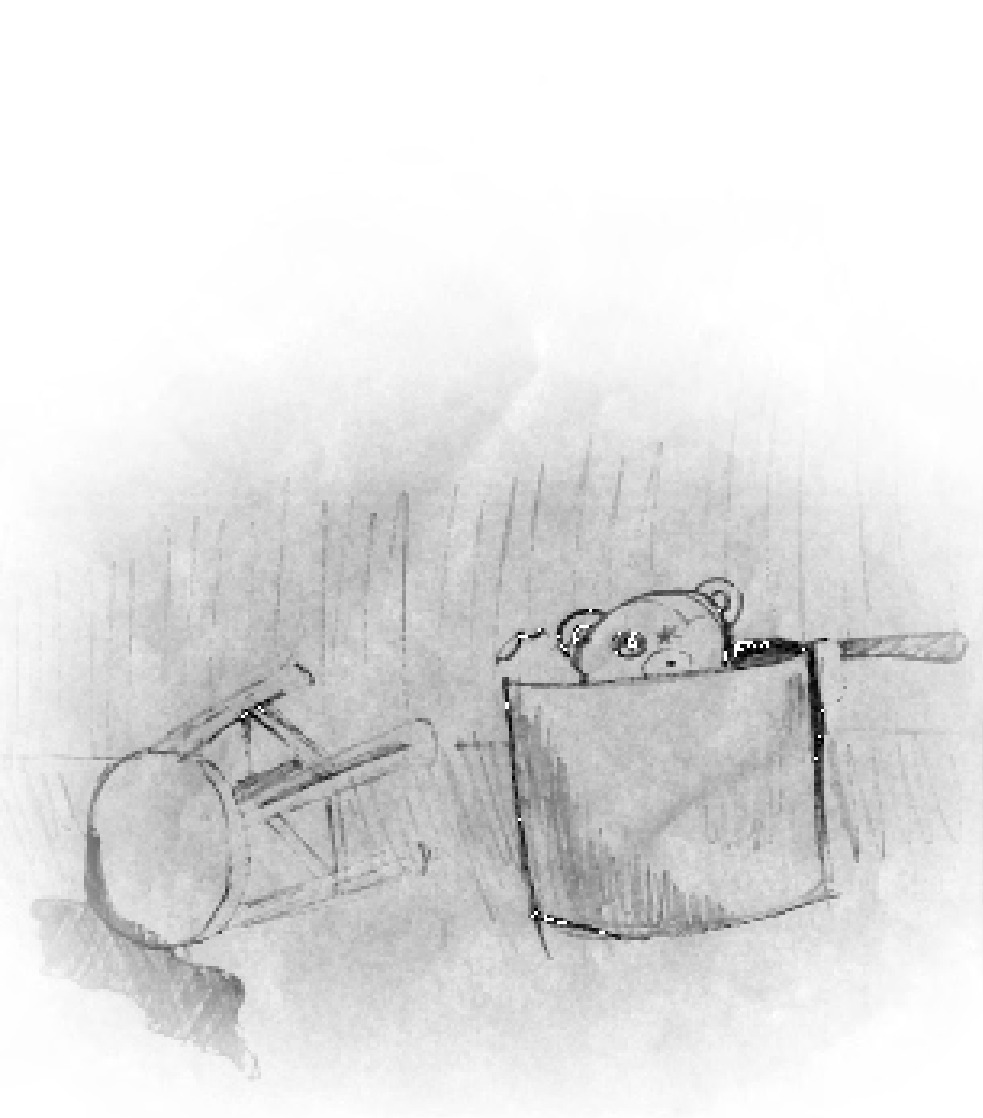
Un nuevo embarazo surgió en la relación de Amelia y Roger.

Amelia tenía ya un año de no usar las inyecciones de planificación, pues estas le causaban alteración en los nervios y su salud iba de mal en peor. La decisión de dejar de planificar nunca la comentó con Roger, pues este se negaría sin importar la salud de Amelia. Sin embargo, en todo el tiempo de no usar ningún método anticonceptivo no había pasado nada. Hasta que pasó... Roger ordenó a Amelia abortar y, ante la negativa, él se fue de la casa, migró hacia Estados Unidos con la promesa de que en algún momento regresaría con dinero o lo enviaría desde allá para contribuir en la manutención de la familia.

Amelia aún espera a Roger...

La lógica de subsistencia con la que creció Amelia ha cambiado. Además de regresar al hogar materno, ella pertenece ahora a un banco comunitario donde le han enseñado a ahorrar una parte de las ganancias del día y, más importante aún, a pensar en el futuro de ella y sus hijos. Su hermana mayor, Elena, también es parte de la organización.

Amelia, a pesar de que ahora continúa con el negocio de las tortillas, aspira a terminar sus estudios de inglés y a ingresar en la Universidad de El Salvador para obtener una licenciatura en lenguas modernas. Lucha por cambiar sus prácticas de crianza para sus hijos, para evita reproducir los patrones que ella vivió en su infancia.



***La rebelión de
las cacerolas
(Desde los ojos de Elena)***

Por Juan Martínez

En uno de sus primeros recuerdos, Elena se ve a sí misma mirando por una rendija dentro de una chabola. A su lado está su hermana Amelia, que pelea con ella por apoderarse de la herida en la pared de lata. Lo que ve es confuso. Dos hombres luchan. Uno tiene una pistola en la mano y dispara a su oponente, pero rara vez da en el blanco. Las balas salen hacia el cielo y hacen agujeros en la casa. Al cabo de un rato, un largo rato, el hombre de la pistola sale de la casa y corre. El otro queda tirado con varios balazos en el cuerpo, pero vivo. El herido es Pedro, su padre; el otro, el de la pistola, era su tío político, al que nunca volverá a ver.

Con esta escena comienza Elena su historia. Se ríe mientras la narra, como si contara un chiste. Mueve los ojos por el techo como si buscara algo extraviado, un recuerdo perdido, una persona olvidada... y vuelve a reír como preámbulo de otra anécdota. Ahora, luego de un accidentado recorrido por la vida, luego de sobrevivir a dos maridos, un padre que amenazaba con hundirle el machete a cada momento, una ofensiva guerrillera y una guerra de pandillas que cada vez se vuelve más frenética, Elena lidia con cuestiones más banales. Sus preocupaciones ahora son el sonido de un celular, y conseguir que su hijo adolescente la deje en paz y se ocupe de una vez por todas en hacer sus tareas.

Beatriz, la madre de Elena, es una mujer fuerte, de esas que se han endurecido frente a un comal, a fuerza de azotarle tortillas, de atizar el fuego a soplidos con los ojos cerrados para evitar las chispas. Beatriz se acompañó cuando apenas era una jovencita. Conoció a Pedro por una de esas vueltas de la vida y, al mejor estilo de las rancheras populares, se fue con él por la noche, a hurtadillas. Con Pedro tuvo dos hijas: Amelia y Elena. Los cuatro vivieron juntos un par de años hasta que Pedro, como muchos otros jóvenes a finales de la década de los setenta, sintió el llamado de la guerra.

En El Salvador se gestaba una guerra que duraría 12 años. El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) había aglutinado casi todas las organizaciones subversivas y se preparaba para derrocar a la Junta cívico-militar gobernante. Pedro fue parte de esa romería de jóvenes que treparon por los cerros e hicieron la guerra. Las tres mujeres se quedaron solas. Vivían arrimadas en casa de las hermanas de Beatriz, mujeres que no las recibieron con los brazos abiertos, sino que se la pasaban atacando de alguna manera a las recién llegadas. El espacio era pequeño, y estas dos mujeres tenían también esposos e hijos. A Beatriz no le quedaba más que agachar la cabeza y aguantar las malas miradas y los abusos del clan que la rechazaba. Pasaron meses sin noticias de Pedro, ni siquiera sabían si vivía o si había muerto en la profundidad de las montañas salvadoreñas.

Un día Beatriz y sus hijas tuvieron noticias de Pedro. El Ejército lo había capturado en un operativo y estaba recluido en el centro penitenciario La Esperanza, conocido popularmente como Marioneta. Una suerte, en realidad; por lo general, el Ejército tenía fama de no tomar prisioneros.

La guerrilla también hizo sus movimientos. Secuestraron a la hija del presidente y, a cambio de su libertad, entregaron al Gobierno un largo listado de presos para su liberación, entre los que figuraba Pedro. Al salir supo que Juan, su hermano menor, también guerrillero, había muerto. El golpe fue fuerte. Pedro no quiso continuar en el frente de batalla y se fue a vivir con su familia. Pero la guerra no había terminado para él; le faltaba librar un último combate.

En aquella casa vivía el esposo de una hermana de Beatriz. Era un hombre serio y violento que trabajaba en la Policía de Hacienda, uno de los cuerpos de seguridad más temidos. Él era el rey de esa casa. Había impuesto su ley a fuerza de bravura. Cuando Pedro llegó, el choque se hizo inevitable. El ex guerrillero no tardó en retar al policía, y este no dudó dos veces en aceptar.

Al cabo de unos días, los dos hombres pasaron de las malas caras y las amenazas a los hechos y, como si se tratara de un pacto entre caballeros, decidieron no hacer un espectáculo público. Se metieron en casa y echaron cerrojo. No querían interrupciones.

Elena estaba con su madre y su hermana, comían pupusas en un negocio cercano cuando llegaron a avisarles de que los dos hombres peleaban dentro de la casa. Fue por una pequeña rendija que ella y su hermana vieron cómo su padre aporreaba al policía por todo el cuarto de lata y vieron cómo este, al sentirse superado por Pedro, sacaba una pistola y trataba en vano de matarlo para luego salir huyendo. Luego de esto, las hermanas de Beatriz, con sus respectivos esposos e hijos, se fueron de la que era su casa. Temían que cuando Pedro se curase de las heridas se vengase con ellas. La casa les quedó sola, y Beatriz, Elena y Amelia comenzaron a vivir su propia guerra, una en la que los combates ocurrían a diario, y en la que la amenaza de morir provenía del progenitor.

En casa de Elena un celular suena por quinta vez, y un muchacho se abalanza a contestar. En la carrera desparrama por el suelo cuadernos y lápices. El sonido del aparato lo llama como el llanto de un recién nacido a una madre, y Elena pierde la paciencia. Arrebata de las manos del joven el teléfono y lo estrella contra el suelo.

A Elena le preocupa su hijo. Es el mayor de tres y está en ese periodo crítico que tanto temen las madres. Tiene 16 años. Ella es dura con el muchacho. Cree que así ahuyentará de su cabeza los malos pensamientos y lo convertirá en un hombre derecho.

El esfuerzo y la rabieta han sido en vano. Al instante un timbre vuelve a atormentar los nervios de Elena, y su hijo contesta

un segundo celular. Ella se queda quieta esta vez, masculla un par de maldiciones más para ella que para él, recita algunos malos augurios sobre el futuro del muchacho, y continúa ensimismada en sus cuentas.

Elena recuerda cuando ella tenía la edad de su hijo. Fueron tiempos de miedo y escasez. Su padre jamás se reincorporó a la guerra, sino que se dedicó a vender leña al por menor. Con el dinero que ganaba se compraba de esas botellas plásticas de guaro de caña y las vaciaba una a una mientras se mecía en una hamaca. Cuando el negocio de la leña no alcanzaba, pedía a Beatriz el dinero que ella ganaba vendiendo tortillas. Casi nunca se lo negó; las veces que lo hizo terminó con moretones en la cara, con la amenaza de morir a machetazos y sin su dinero.

Estas prácticas se volvieron comunes. Pedro se volvió cada vez más violento. Era raro encontrarlo sobrio. A veces, cuando ya el extracto fermentado de la caña lo desquiciaba por completo, pegaba por horas a las tres mujeres. Otras veces echaba tranca a la puerta y dejaba a alguna afuera. Cuando esto pasaba, la rechazada debía buscar un lugar donde dormir. Fruto de esas noches de peregrinación forzada nació el primer hijo de Elena, el que ahora le roba el sueño con sus necedades.

Pedro se convirtió en una suerte de tirano para las mujeres. Les exigía una serie de atenciones que iban desde los tres tiempos de comida, bien servidos, bien sazonados, abundantes y con su respectiva torre de tortillas recién salidas del comal, hasta el cumplimiento a rajatabla de cuanta norma se le ocurriera dictar. Se le ocurrió, por ejemplo, que sus hijas no podían tener novio, y que si alguna salía embarazada, él mismo le sacaría el bebe con su machete. Por eso Elena decidió ocultar su primer embarazo y atormentarse con fajas en los primeros meses. Pedro dictaminó también que si una de las tres cometía una falta, grave o leve, las tres recibirían una golpiza. Por eso Beatriz comenzó a castigar a sus hijas ella misma. No quería exponerlas a la cólera de Pedro.

El licor de caña fue terminándose las pocas reservas familiares, y tanto Elena como Amelia tuvieron que olvidarse de los estudios y empezar a trabajar. Encontraron empleo en una maquila. El sueldo era mínimo pero permitía apuntalar la economía de casa. Había más dinero, por lo que Pedro podía tomar más. Dejó de trabajar y se dedicó a administrar su dictadura. Pero como toda dictadura, esta también tenía los días contados...

Una noche, las dos hermanas regresaron a casa luego de una jornada de 10 horas. Es duro el trabajo en la maquila. Quienes las administran –en este caso, unos coreanos– suelen ser crueles capataces. Beatriz y Pedro estaban en casa; ella preparando la cena; él, esperándola. Beatriz le puso el plato enfrente y le acercó sus tortillas en silencio y cabizbaja. De pronto sintió lo caliente de la comida en las piernas y se escuchó el ruido del plato al hacerse pedazos contra el suelo. Pedro, quizá insatisfecho con el sabor o el orden de su cena, le lanzó el plato a su mujer. No era la primera vez; la práctica era común. En estos casos, Beatriz debía recoger en silencio lo botado y preparar algo mejor, adivinando los gustos de su hombre y esperando que la siguiente vez sí le gustara. Pero algo distinto ocurrió esta vez. Quizá fue el tedio de coser botones todo un día, o el hastío de escuchar durante horas a un diminuto coreano gritar órdenes en un español ridículo, lo que hizo que todo cambiara de tajo.

Cuando Pedro se abalanzó sobre Beatriz para cobrarle lo que para él ha sido un terrible error, un golpe seco le sacudió la cabeza. Elena blandió entre sus manos una cacerola de metal. El hombre redirigió su ira hacia su hija, pero otro golpe lo detuvo. Era Amelia con un arma similar. Pedro, ya loco de rabia, se aventó contra las dos mujeres, pero esta vez lo detuvo Beatriz, o más bien el pedazo de madera que ella empuñaba como un bate de béisbol. Pedro no se dio por vencido y, entre aullidos y maldiciones, cogió su machete y amenazó con matarlas a

todas si no soltaban “esas putas cacerolas de mierda”. Pero nada... Las mujeres se mantuvieron estoicas, como auténticas Amazonas listas para la guerra. Pedro se fue calmando poco a poco. Guardó el machete y se quedó en silencio mascullando palabras ininteligibles.

Aquella fue la última vez que Pedro levantó la mano a alguien. Luego de esto, comenzó a trabajar y fue un abuelo cariñoso con el hijo de Elena. Murió a los pocos años por negligencia médica al diagnosticársele tarde una insuficiencia renal.

Elena vive hoy con sus tres hijos en una casa de uno de los más populosos y violentos barrios de la capital. Vende tortillas junto con su hermana y su madre en un negocio que cada vez es más grande. Se pasan el día palmeando la masa hasta darle forma de tortilla para luego lanzarla con una rapidez extraordinaria sobre la plancha caliente.

Vive tranquila. Solo la azora el sonido del teléfono de su hijo. Ella trata de disuadirlo de que se ocupe más de sus tareas y menos del aparato, de ese maldito aparato, como le gusta llamarlo. Ofrece premios al muchacho, lo amenaza con pegarle si no le obedece, le pide por favor que estudie... Pero el teléfono sigue sonando. A quien este aparato embruja se llama Javier y tiene 16 años. Es producto de aquel amorío fugaz cuando deambulaba sola en busca de refugio en medio de la noche, y lo crió en casa, cuando ya Pedro no era ni la sombra de lo que había sido. Tuvo dos hijos más con su ex esposo, un policía que después de unos años de amor incondicional comenzó a portarse mal, con todo lo que esto implica, golpes incluidos. Elena lo dejó el día en que este le dio una paliza frente a Javier, que tenía apenas 8 años. Ahora lo ve una vez al mes para pedirle una cuota alimentaria que el policía no da con buena cara.

Elena está convencida de que no volverá a casarse. Cree que

ningún hombre va a fijarse en ella, y opina que sería una irresponsabilidad meter ahora a un hombre en su hogar. Enfoca su vida en criar a sus hijos, en convencerlos, a veces con métodos poco convencionales, de que estudien.

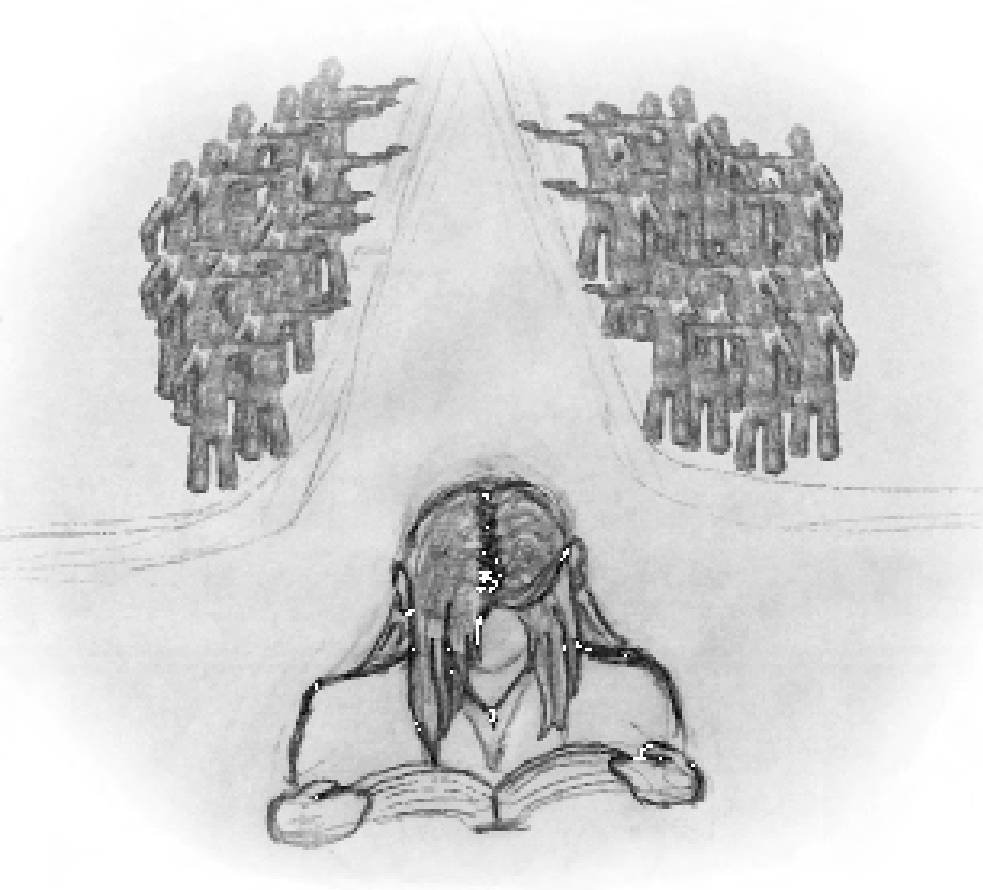
Elena es una madre estricta. No deja a su hijo mayor quedarse hablando con sus amigos después de las 8 de la noche y es una feroz enemiga de las malas fachas. Vigila rigurosamente que sus hijos no vistan flojos, que no usen pendientes, que no fumen, que no se junten con muchachos extraños, que no digan groserías, que no peleen, que no, que no, que no... Los cuidados que Elena tiene no son caprichosos. El barrio en el que viven no es un lugar fácil. Es escenario de la guerra de pandillas, un conflicto juvenil con encriptados significados, que las dos pandillas más grandes del país libran desde inicios de la década de los noventa. Se trata de la Mara Salvatrucha (MS-13) y el Barrio 18.

Hace unos meses, en la barriada de Elena dos sicarios de la Mara Salvatrucha asesinaron a balazos a dos personas y dejaron heridas a otras tantas; entre ellos, a una anciana y a una niña. Es común por las noches escuchar tiros y sirenas de la Policía. Los jóvenes como Javier viven a diario el acoso de los policías y el de los pandilleros, pero han aprendido a sobrevivir así: escapando de las balas, soportando los registros policiales, callando lo que ven. Por eso Elena supervisa los pantalones de su hijo, que no sean demasiado flojos, y el caminar, erguido y con pasos rápidos, sin ver lo que no debe.

Elena cuenta, y baja la voz hasta convertirla en un susurro, que hace pocos días unos pandilleros desde un carro rojo asesinaron a balazos a un vecino suyo y a su hijo recién nacido. Cuenta, y baja aún más la voz, cómo en el mismo lugar, varias horas más tarde, asesinaron a otros dos muchachos al confundirlos con pandilleros. Por eso Elena supervisa las amistades de sus hijos y marca, como un capataz coreano, horas de entrada y de salida.

En varias ocasiones pandilleros de la Mara Salvatrucha han rociado balas a los grupos de jóvenes que platican en las esquinas cerca de la medianoche. Por eso Elena dictamina que las 8 es la hora límite para estar en la calle.

El negocio de las tortillas no es malo; le deja para vivir y criar a sus hijos, darles educación y unas condiciones de vida decentes. Ella también estudia, ha retomado el primer año de bachillerato, el punto en el que la maquila y el embarazo le impidieron continuar. Es además la representante de una cooperativa formada por mujeres vendedoras que se auto gestionan microcréditos. Ella dice, asegura, promete, que continuará luchando por sacar a sus hijos de ese círculo maldito de la pobreza, por salir ella misma de esa espiral, por mantener a sus retoños vivos, a fuerza de regaño, en medio de la locura de la violencia, por seguir haciendo crecer su negocio y por hacer que Javier deje en paz ese condenado teléfono y se siente a hacer sus tareas de una maldita vez.



El sueño de Marina

Por Boanerges Guevara

Marina es una joven de piel blanca y carácter fuerte. Está casada con Guillermo, un hombre moreno de rostro iracundo. Ambos son los padres de Jimmy y Matilde, unos niños inquietos que corretean y ríen todo el tiempo. La casa en la que viven los cuatro también es el hogar de una mujer gruesa y bajita llamada Leonor, la madre de Marina; de Rosa y Mario, los hermanos de Marina, ambos delgados y de apariencia tranquila; de la mujer de Mario; y de Luis, el primo, un joven adolescente con mucha energía. Todos ellos son los Velázquez, y entre todos se ayudan a sobrevivir, a alcanzar como se pueda el siguiente día, para volver a sobrevivir.

La casa de los Velázquez está ubicada en una de las colonias marginales de Mejicanos, un municipio del Área Metropolitana de San Salvador. Sin orden aparente han construido cuatro cuartos, dejando sendos pequeños espacios para el comedor, la cocina y el baño.

La mitad de la casa está construida en tierra firme; la otra mitad está sostenida por pilares de cemento y madera clavados de mala manera en una quebrada por la que el agua corre tempestuosa durante la estación lluviosa. Ante la evidente amenaza, los Velázquez se encomiendan a una cita bíblica que han colgado en la parte interior de la puerta: “Bienaventurados los pobres porque vuestro es el Reino de Dios”.

El viejo reloj de la pared marca las 5 de la mañana. Guillermo apenas ha tenido tiempo para tomarse un café cuando sale apresurado sin siquiera despedirse de Marina. Él ha trasnochado con sus amigos y regresó al hogar hace un rato; ella tampoco ha dormido por la ausencia del esposo. El amanecer los ha sorprendido a ambos, y ahora ya es tarde. Marina vuelve su mirada hacia una de las ventanas que da hacia el exterior, para ver solo la espalda de Guillermo, que sube corriendo la pequeña cuesta pavimentada para alcanzar el autobús.

Marina se regresa a uno de los cuartos, donde aún duermen Jimmy y Matilde. Así inicia su mañana. Luego de tomar un café, revisa las provisiones del día y comprueba que aún queda un poco de café, tortillas y frijoles, apenas suficiente para el desayuno.

Anoche Leonor, la madre, comentó que no había recibido salario alguno en tres meses, y en la casa el dinero escasea más que de costumbre. ¿Dónde pedir prestado? ¿Qué vender? Eran preguntas que aquejaban a los Velázquez por la propia dinámica familiar de subsistencia. Dijo que los prestamistas la estaban hostigando y que apenas alcanzaba a pagar los intereses. La deuda es tan grande que amenaza con dejarlos a todos sin hogar.

Guillermo tiene un trabajo estable, pero nueve bocas son muchas bocas. El dinero se va rápidamente, ya sea para cancelar deudas atrasadas o para comprar algo que no puede esperar.

Mario, el hermano, es albañil de profesión, pero está desocupado. Es trabajador, y le hace a todo con tal de ganar un poco de dinero, más ahora que su mujer espera un niño. De alguna manera se siente responsable por haber aumentado los gastos del hogar tras haber llevado a vivir a su mujer al hogar de los Velázquez. Con frecuencia sufre el sarcasmo y el menosprecio de sus hermanas por el hecho de no tener una fuente estable de ingresos. Su mujer prácticamente pasa encerrada en el cuarto, después de que se le diagnosticara un embarazo de alto riesgo que la obliga a guardar reposo.

Rosa, la hermana, es la encargada de mantener el pequeño negocio de las tortillas. La pequeña tortillería apenas aporta dinero, pero garantiza al menos que no falten sobre la mesa. Como norma general, los cinco o seis dólares diarios que obtiene son reinvertidos en comprar maíz, en el molino y en la leña para cocinarlo.

Luis, el primo, en la actualidad estudia noveno grado en las mañanas; en las tardes aprende el oficio de mecánico. No gana dinero; sin embargo, los patrones le han apalabrado que si aprende bien, en un futuro no muy lejano comenzarán a pagarle. Llegó a la casa huyendo de los problemas que le aquejaban en su colonia anterior. Es reservado para comentarlos, pero parece que problemas de faldas derivaron en amenazas de muerte en su contra.

Ante este desalentador panorama, lo peor que puede ocurrir a los Velázquez es que alguien se enferme. Para hacer frente a los gastos, toca vender pertenencias o seguir endeudándose con los usureros. Todos los que viven en la casa están conscientes de esta realidad y procuran hacer valer el viejo dicho: o todos en la cama o todos en el suelo.

Marina se despierta de sus propios pensamientos y advierte que ya es la hora de llevar a sus hijos al kínder. Los niños se resisten en la cama escondiéndose entre un par de cobijas agujereadas, pero las caricias y besos de la madre terminan por despertarlos. Les prepara el desayuno, los baña con ligereza y los tres salen de la casa. Tras dejarlos en el portón del centro educativo, se dispone a hacer las tareas de mensajería que su esposo le encomienda como ayuda de su trabajo.

La situación económica de los Velázquez no siempre fue tan precaria. Marina recuerda los tiempos de bonanza en el negocio familiar 29 años atrás. Óscar, el padre de Marina, murió cuando ella apenas tenía un mes de gestación, durante la guerra civil. Fue desaparecido por su vinculación con uno de los sindicatos más beligerantes de aquel entonces. A raíz de este fatídico acontecimiento, Leonor fue pensionada y utilizó el dinero para montar un modesto negocio de costura.

Poco a poco el negocio fue creciendo. Leonor incluso viajaba a Guatemala, donde tenía clientes que apreciaban sus prendas. Marina y sus hermanos estudiaban en uno de los mejores colegios del centro de San Salvador, y todos usaban ropa nueva y buenos zapatos. La casa estaba bien amueblada y era tan grande que no había necesidad de compartir los cuartos. Leonor tenía cinco empleados en el taller, más una nana que la ayudaba con los niños y en los quehaceres de la casa. Los días festivos se celebraban a lo grande, y los regalos de cumpleaños o de Navidad satisfacían sus deseos.

Tres o cuatro años pasaron viviendo de esta forma, hasta que Leonor decidió buscar los brazos de otro hombre. Se casó y, engañada, puso el negocio y la casa a nombre de su nuevo marido, bajo el argumento machista de que los negocios y la vida familiar serían aún más prósperos si los manejaba un hombre. No pasó mucho tiempo hasta que la familia comprobó lo errado de ese pensamiento.

Una vez con el sartén en sus manos, el padraastro comenzó a mostrar sus verdaderas intenciones. Se convirtió en un hombre mujeriego y alcohólico que en repetidas ocasiones golpeaba a su mujer y a sus hijos, convencido de que esa era la mejor forma de educar a una familia. Si las maltrataba, decía, era por el bien de ellas, porque las quería, porque así les evitaba los malos caminos.

Una noche intentó violar a Marina. Leonor y sus hermanos evitaron el abuso, pero oponerse al poder que ya representaba ese hombre les costó parte de su vida: esa misma noche los echó de su propia casa, y se refugiaron en una de las iglesias cristianas de la colonia. Sin ningún amparo legal, Leonor tuvo que resignarse y los Velázquez perdieron todo.

Con la ayuda que los hermanos de la iglesia le aportaron, la familia logró comprar un pequeño lote baldío donde poco a poco, a merced de préstamos con los usureros, han construido

su actual casa.

Las comodidades desaparecieron de un plumazo, y la familia entera empezó a vender comida en el viejo mercado municipal de Mejicanos. Cuando este fue cerrado, solo las familias que podían pagar un puesto en las nuevas instalaciones fueron reubicadas, pero ya era algo inalcanzable para Marina y los suyos.

Los Velázquez optaron por montar la tortillería que ahora maneja Rosa. Algunos de los hijos de Leonor se casaron y formaron hogares propios. Marina se acompañó con Guillermo pero, debido a la insistencia de Leonor, siguió viviendo en la misma casa. Mario se acompañó con su mujer y optó por seguir bajo el amparo de Leonor. Rosa nunca se casó, pero ha decidido mantenerse apoyando a la familia.

Marina ha ocupado parte de la mañana en su papel de mensajera en el trabajo de su esposo. Él es el responsable de un equipo de trabajadores de la construcción; sus estudios en ingeniería civil le permiten tener un salario digno, arriba del mínimo, pero a todas luces insuficiente para una familia tan amplia.

Aun así, Guillermo no reniega de su suerte. En ocasiones ha estado desempleado, y es otro el miembro de los Velázquez que trabaja y sostiene al grupo. Así es la dinámica. Nunca han estado todos asalariados, y no porque no lo quieran, sino porque las oportunidades de empleo son escasas. Este tipo de economía obliga a ser más prácticos, menos visionarios. Ni Marina ni Guillermo tienen planes a futuro; lo único que les interesa es vivir el día a día. Pensar en el futuro, dicen, supone negar la posibilidad de comer en el presente.

Por la tarde, ya cansada de caminar por haber dejado

correspondencia de un lugar a otro, Marina viaja hacia el campus de la Universidad de El Salvador, donde hoy recibe clases en la licenciatura en Sociología que cursa. Cuando termina, retorna al kínder por Jimmy y Matilde, y los tres se regresan a la casa pensando en la cena.

La entrada a la colonia es un callejón angosto. “Este se conoce como callejón de la muerte”, dice Marina con una serenidad que desentona con la profundidad de sus palabras. Poco a poco describe y hasta dramatiza las muertes que ella recuerda en este pasadizo. Utiliza a sus dos hijos para mostrar cómo son las emboscadas. Las paredes altas de concreto están manchadas con enormes letras negras que dejan entrever que la zona es dominada por la Mara Salvatrucha (MS-13), pero este es el límite con otro territorio en el que opera la otra pandilla, el Barrio 18.

Una mujer mayor pasa junto a Marina sin saludar ni levantar el rostro. La mujer parece entender el código de la pequeña calle que delimita los territorios simbólicos de las pandillas: oír, ver y callar. Aligera su paso, pero la cuesta de gradas se le atraganta.

Al avanzar por la angosta calle surge un enorme muro que indica el fin del pasadizo. En él hay un enorme 18 pintado con letras góticas. Marca la salida del territorio de la MS-13. Cuando por fin se deja atrás el pasadizo, Marina dice que ya no hay de qué preocuparse, que hemos llegado a su colonia, que su casa está cerca.

La colonia es una maraña de calles anchas y pasajes angostos. La mayoría están pavimentados, pero aún es posible encontrar caminos de tierra. Durante el día las calles son atestadas por los lugareños, música estridente y televisores a todo dar. En los patios de las casas ondea la ropa puesta al sol. Las paredes están marcadas con los identificativos del Barrio 18, pero raro es que alguien haga algún comentario al respecto,

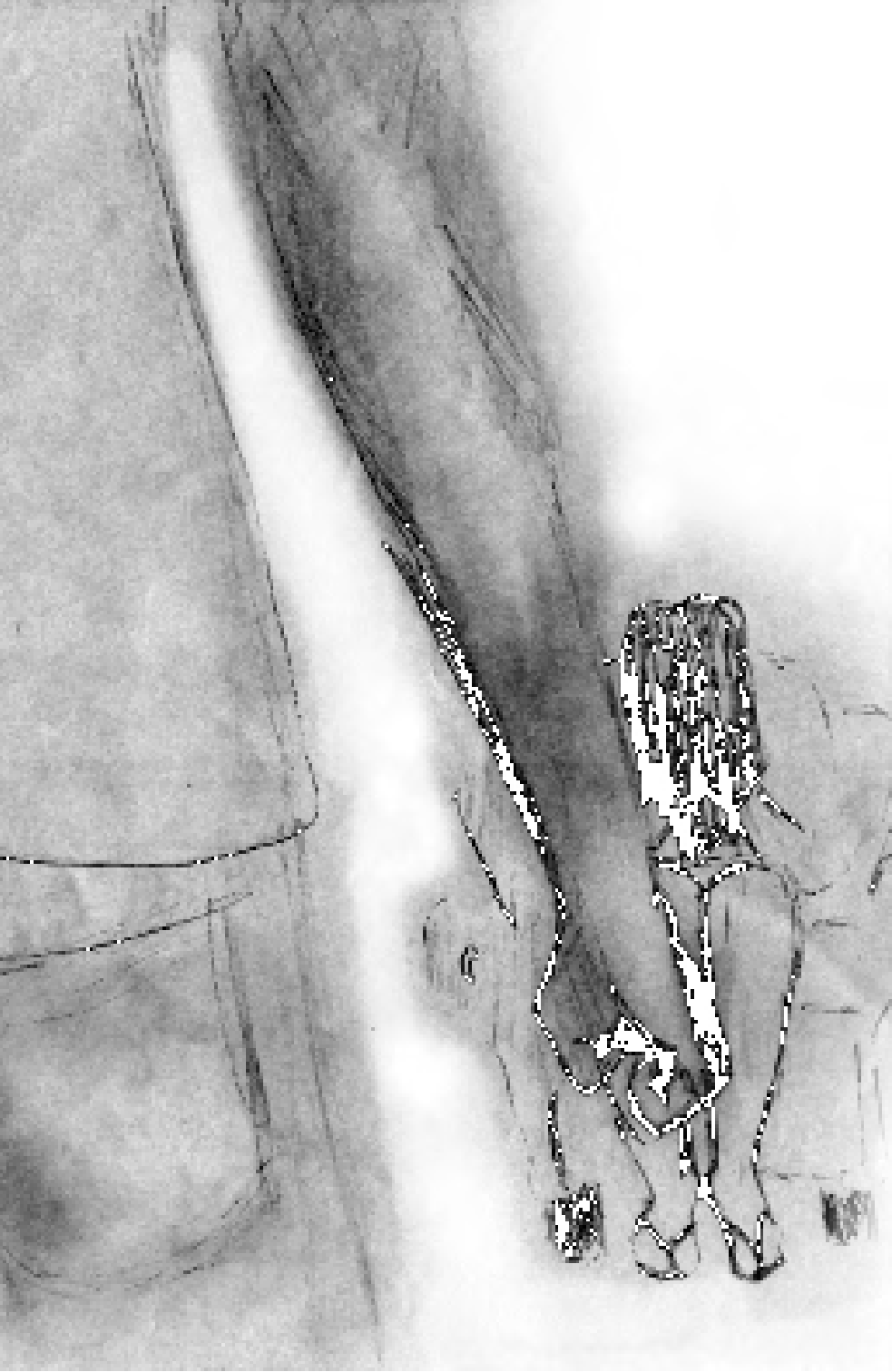
simplemente se bajan las miradas como señal de sumisión ante el poder tácito que representan.

Marina ha vivido desde niña en este lugar y ha aprendido, como casi todos, los códigos para sobrevivir en este ambiente hostil. Para los Velázquez, las estrecheces económicas son solo una parte de sus problemas.

Al llegar por fin al portal de la casa, Marina entra, acomoda a los niños en el viejo sofá, les enciende el televisor y discretamente revisa, una vez más, las provisiones del día. Solo encuentra un rimero de tortillas y unos pedazos de queso duro que en la mañana compró Rosa. Esa será la cena de esta noche.

Marina cursa segundo año en la universidad y, aunque estudia en la universidad pública, siempre hay gastos, que afronta haciendo verdaderos malabares. Esa licenciatura en Sociología la ve como una posibilidad real de mejorar la situación económica de su familia a largo plazo, pero a veces pasa que deja de asistir a clases por algo tan simple como no tener dinero para pagar el pasaje.

En más de una ocasión su familia le ha reclamado que pierde el tiempo yendo a la universidad; creen que es poco práctico y que desentona con la filosofía familiar de pensar en el hoy más que en el mañana. A pesar de estas críticas, Marina parece haber entendido que la educación es un elemento central para el desarrollo del ser humano. Se esmera por inculcar en sus hijos la idea de que sin estudios el futuro siempre es más incierto. Y se esfuerza para que vean en ella el ejemplo a seguir.



El enemigo en casa

Por Boanerges Guevara

Fátima Guerra tiene 46 años, es madre de cuatro hijos, trabaja en oficios domésticos y vive en una colonia marginal de una de las ciudades del Área Metropolitana de San Salvador. Su historia habla de ciclos interminables de violencia y de cómo estos se convierten en factores determinantes en los procesos de empobrecimiento de las mujeres.

Fátima nació en un hogar humilde y rural en el departamento de Ahuachapán, al occidente de El Salvador. De niña padeció un sinnúmero de enfermedades. La más agobiante, sin duda, el conocido popularmente como “fuego marcial”, que hacía que se le desprendiera la piel a jirones. Rosario, la madre de Fátima, la cubría con hojas de huerta y la llevaba a los curanderos para que le recetaran “agua de Siete Espíritus”, entre otros procedimientos rituales que seguían al pie de la letra, con la esperanza de menguar los dolores de la pequeña.

Su padrastro, un viejo consumido por el alcohol, era el responsable de llevar el ritual. Sin embargo, a él le importaba poco el sufrimiento de su hijastra. Pasaba diciendo que eso de los curanderos eran “puras pendejadas”, que lo que la niña necesitaba eran buenas bañadas, aunque el viejo lo decía con otras intenciones y aprovechaba esas ocasiones para manosear a la pequeña. Al tiempo que Fátima crecía, el abuso del viejo también lo hacía.

Cuando a Fátima le llegó la edad de ir a la escuela, Rosario, aconsejada por el viejo, se convenció de que era un lugar solo para conseguir marido, y creyó que lo mejor para su hija era lavar ropa sucia, hacer oficios de la casa, agarrar la cuma e ir al campo. Así se forjó su destino.

Fátima es la última de los siete hijos que su madre tuvo con su padre. Cuando Fátima tenía 2 años, sus padres se dejaron, y Rosario no tardó en encontrar reemplazo; de la nueva relación

surgieron cuatro hermanastros.

La familia era inmensa, y la casa, un lugar demasiado pequeño, que obligaba a los todos a dormir amontonados en las camas. Fátima recuerda que algunas noches le tocaba envolverse entre las sábanas y acurrucarse en un rincón de la cama para que su padrastro no alcanzara a manosearla. Rosario, que yacía en la misma cama, fingía el sueño.

El viejo exigía a Fátima obediencia y silencio, bajo el retorcido argumento de que él era el que la había desvirgado. Los llantos se ahogaban en la mano que tapaba su boca, y no pocas veces esos encuentros eran tan violentos que la sangre corría entre sus piernas. Cuando la niña recurría a su madre, recibía como respuesta la acusación de mentirosa y hasta golpes en su cara, que más de una vez terminó amoratada. Había tardes en las que Fátima corría a esconderse entre los matorrales de los cerros de los alrededores de la casa, donde nadie la viese, donde podía aislarse por unas horas de la violencia que vivía en su casa.

Una de esas tardes en la que el viejo ahogó el llanto de Fátima con su mano y ella huyó para esconderse, conoció a un muchacho que trabajaba la tierra. El joven la invitó a refugiarse en su casa, pasar allí la noche y así poder alejarse del maltrato cotidiano de su hogar. Las intenciones le sonaron buenas y accedió; ella solo buscaba olvidar la mano que ahogaba su llanto.

Al día siguiente, regresó a la casa familiar acompañada del joven que le había ayudado. La madre, enfurecida, respondió que se tenían que casar, que si habían pasado la noche juntos ya eran mujer y marido. Y así fue. Estando en la alcaldía, el responsable de la ceremonia preguntó a Fátima si aceptaba al joven como marido, pero ella, sin saber qué responder, calló unos segundos.

—¡Conteste, que le están hablando! —le dijo Rosario.

—*Diga que lo acepta, hija de la gran puta!* —zanjó la pequeña discusión la madre, quien acompañó el exabrupto con un manotazo en la espalda.

Fátima terminó ese día casada con un joven al que apenas conocía.

La misma noche del casamiento sintió el mismo temor que le tenía al padrastro. En su cabeza se agolpaban las imágenes de los golpes, de la mano del viejo y del hilito de sangre entre sus piernas. Su marido le exigía la prueba de amor. Aunque usted no quiera, la voy a hacer mi mujer, le decía. Al darse cuenta de que no era el primer hombre que la tocaba, se sintió engañado por la familia, enfureció y la golpeó. El joven terminó convertido en otro maltratador para Fátima.

Ocho meses duró el matrimonio forzado. Durante ese tiempo, el joven acostumbró a emborracharse después de trabajar, llegar a casa ebrio y dar patadas a Fátima, tomarla por el pelo y violarla. Ella no recuerda una palabra de amor durante aquel martirio. En algunas ocasiones el marido llegó con otras mujeres a la casa y presentó a Fátima como su hermana. Esas noches, mientras Fátima dormía en la hamaca vieja del corredor, del dormitorio salían risas y gemidos de placer.

El matrimonio pues duró poco, pero suficiente para que Fátima quedara embarazada. No tuvo más remedio que regresar a la casa de Rosario, su madre, donde el viejo seguía esperándola para hacer lo que mejor sabía: abusar de su hijastra. Esperaba que cayera la noche, que todos durmieran, amenazaba a Fátima y la llevaba a la cocina. Usted nunca va a ser de nadie más, le decía. Así transcurrió un año más.

Quizá como una vía de escape ante tanto sufrimiento, Fátima comenzó a salir con otro joven, un soldado; ella pensó que la defendería si el viejo intentaba algo. Sin embargo, todo se complicó... una vez más. La menstruación no bajó cuando debía,

y se supo embarazada de su segundo hijo poco después de que su madre le había advertido de que le sacaría el niño a patadas si ocurría. Por si fuera poco, el padre del niño, el soldado, desapareció del pueblo para siempre.

El padrastro, al darse cuenta de la situación, sugirió que a alguien tenían que meterle el niño, que él no podía con una boca más. Ordenaron a Fátima buscar a un hombre que se hiciera cargo de ella, de su bebé y del que venía en camino. En esa búsqueda desesperada emergió un señor que era unos 15 años mayor que ella, un viejo que desde tiempo atrás la piropeaba.

Juntos levantaron una champa cerca de una de las quebradas que cruza la ciudad de Ahuachapán. La hicieron con cartones, láminas y otros desechos, y para resguardarse del viento usaron los restos de un desmantelado pick up. Ahí vivió Fátima por meses, aguantando hambre y sed. El hombre llegaba a verla cada cinco o seis días, porque se la pasaba en cantinas y abarroterías.

Fátima había dejado a su primer hijo al cuidado de Rosario y se había marchado de la casa con ocho meses de embarazo. Al momento del parto se vio sola.

—*Solo tenía un pedazo de banqueta —recuerda— y un bolado como si fuera barril. A la hora que sentí que ya venía, extendí unos mis vestidos que tenía, hice fuerza, y me salió el niño. Yo no sabía qué había que cortar, entonces vine yo y con un cuchillo mohoso que tenía le corté el ombligo a mi niño. Yo no hallaba qué hacer con él, chulón, desnudito, y lo veía bien sucio, y lo lavé con el agua del barril, que tenía como diez días, y él solo un grito pegó cuando le corté... Yo sentía que me quedaba un bolado trabado, entonces me acurruqué y me salió la placenta.*

La noche en la que Fátima dio a luz a su segundo hijo el hombre llegó a verla. Al ver la criatura, le gritó que no quería niños de ningún otro, y comenzó una golpiza contra la parturienta. Ella

recogió el cuchillo con el que se había separado de su criatura y luchó, pero solo logró acrecentar la ira de su agresor.

Cuando el hombre se marchó, huyó con el bebé entre sus brazos, aún ensangrentada, y pasó tres días entre los senderos escabrosos de los cerros que bordeaban la champa, hasta que se topó con alguien que sí le ayudó. Le facilitó un teléfono para contactar a Rosario, y la madre llegó ese mismo día a buscarla pero, al ver el estado en el que se encontraba Fátima, solo le dijo: “Usted esto es lo que quería; arréglese y vámonos para la casa”.

Fátima volvió a su antigua prisión, pero ahora con otro hijo entre sus brazos.

Esa misma noche el padrastro intentó una vez más ahogar el llanto de Fátima con su mano, pero esta vez sin éxito. Luego de empujones y gritos, ella corrió hacia las calles oscuras del cantón y pudo perder al viejo. Regresó de madrugada, temerosa, pero el viejo ya había convencido a Rosario de que en esa casa no cabía Fátima, le dijo incluso que era ella la que lo acosaba a él. Su madre la amenazó con un cuchillo entre sus manos: “El día que me llegue a dar cuenta de que te metés con mi marido, hija de puta, primero te mato... Estás buena para los salones, andá a prostituirte”.

A la mañana siguiente Fátima se fue a la casa de su hermana mayor, que ya vivía en San Salvador, la capital. Dejó a sus dos hijos al cuidado de Rosario con la promesa de que mandaría dinero para mantenerlos.

A los meses de haberse instalado en su nueva casa, consiguió trabajo en una maquila: diez horas diarias en tareas de limpieza. Los días se los pasaba encerrada en los bodegones, ordenando rollos de tela y recogiendo los retazos que las costureras

cortaban. El último fin de semana de cada mes regresaba a Ahuachapán, a la casa en la que vivían su madre y sus hijos, con lo poco que ganaba.

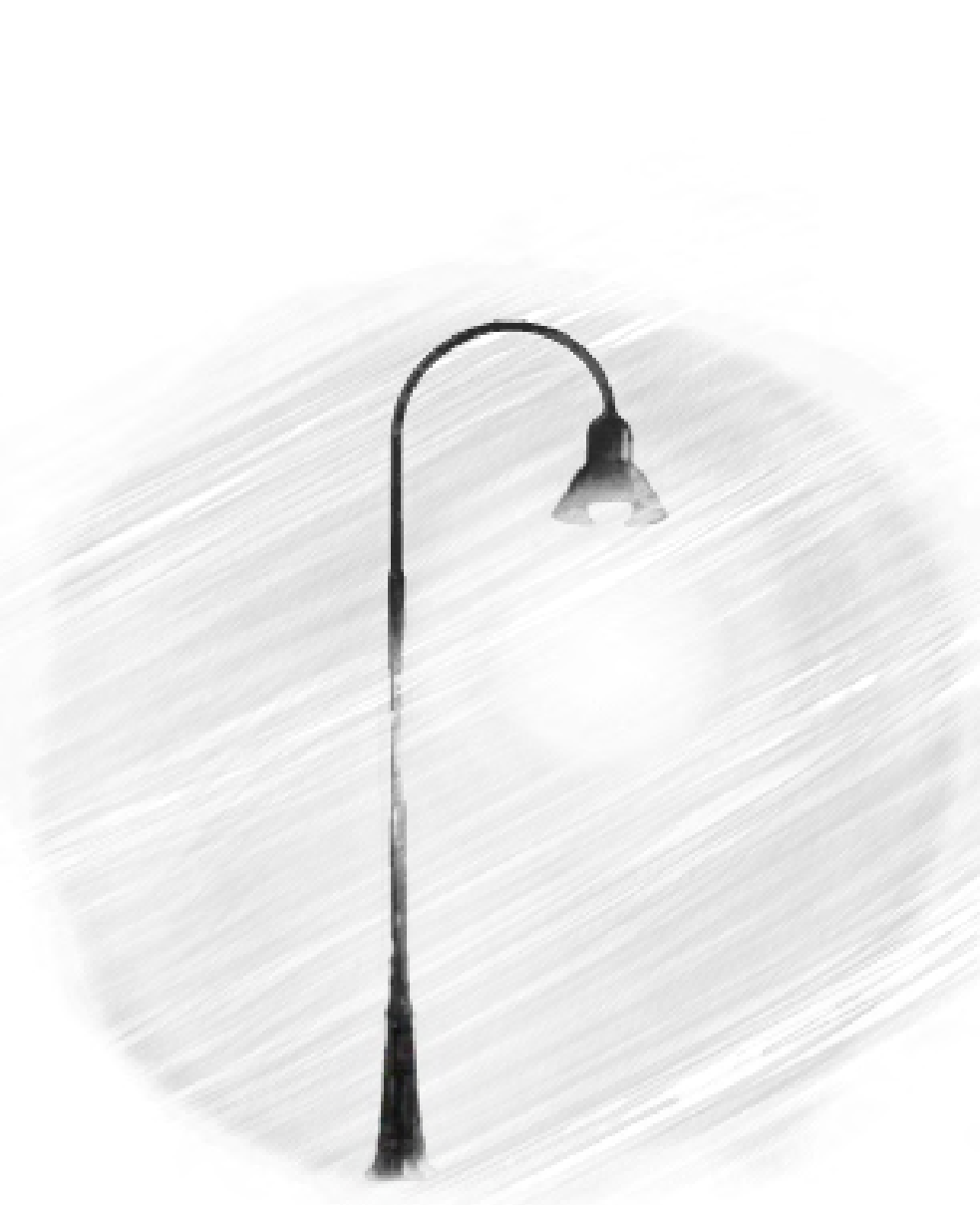
El padrastro volvió a meter cizaña a Rosario. Esta vez le dijo que su hija seguramente ya tenía un nuevo marido en San Salvador y que por eso solo llegaba a final de mes y con tan poco dinero. La madre le reclamó más dinero: “Vos creés que de aire van a vivir los cipotes... ya avivaste, seguro que ya tenés otro damo allá”. Fátima optó por pedir anticipado el salario del mes, para poder llevar el dinero que le solicitaban por el cuidado de sus hijos.

Las insistencias del viejo no terminaron ahí. Tanta era la influencia que tenía sobre la madre que la convenció para que viajara a San Salvador a controlar más el dinero que ganaba. La tarde en la que Rosario encontró a Fátima, la arrastró del pelo por la calle y le dio puñetazos hasta que la hizo sangrar de la nariz mientras le decía: “Hija de puta, como que a conseguir marido te mandé, por eso ya no me dejás todo el pisto”.

Ese mismo día Fátima huyó hacia los bodegones de la fábrica. Con el permiso de su patrona se refugió tres meses y se juró a sí misma no volver a dejarse maltratar. No volvería a ver a sus dos hijos. Rosario, por su parte, regresó a Ahuachapán y a los dos hijos de Fátima comenzó a inculcarles que su madre verdadera había muerto.

Ahora Fátima está acompañada con Joel, un hombre joven que conoció mientras huía del maltrato de su madre y del padrastro. Han procreado a dos niños que en la actualidad estudian. Fátima ha dejado de lado todo lo que le tocó vivir e incentiva a sus hijos a seguir en la escuela. Ella también se inscribió en programas de alfabetización popular y ha aprendido a leer y a escribir.

Fátima nunca ha contado su historia a Joel. Cree que, si la conociera, él la abandonaría. No todo es color de rosa ahora. Está al tanto de las constantes infidelidades de su pareja, pero no reniega de su destino. Con todo, sabe que la vida que está viviendo ahora se podría catalogar como los mejores años de su vida...



Una alternativa para María

Por Boanerges Guevara

Seis meses habían transcurrido del embarazo de María, el primero de su corta vida. Como ocurre a tantas otras jóvenes, el llamado estado de buena esperanza para ella también estaba marcado a fuego por las palabras “No deseado”. Fueron seis meses de malestares físicos y de tortura psicológica, pero lo peor apenas comenzaba. Su mundo se derrumbaba, y María solo veía una solución a su prominente panza: el aborto.

Todo sucedió una tarde de lujuria. María y un joven trabajador se gustaban, salieron un día y terminaron en la cama. Pero el hombre desapareció al poco tiempo de conocer la noticia del embarazo y nunca más volvió a saber de él. Ella tuvo que cargar con el fruto de lo que ambos hicieron. Tuvo que abandonar sus estudios. Al principio, trató de ocultarlo en casa, pero a los seis meses ya era imposible. La familia se volvió en su contra: el padre, al conocer el estado de su hija y el abandono del joven, la golpeó como escarmiento y deseó el aborto de su nieto. La madre no la golpeó, pero de igual manera reprochó su actitud con silencio en los meses restantes hasta dar a luz.

Empujada por su familia, María buscó la forma de deshacerse del niño, pero lo avanzado de su estado no le abrió muchas puertas. El aborto a esa altura es riesgoso, y podía sufrir complicaciones que ni siquiera quisieron asumir esas clínicas clandestinas que abundaban en forma de “Casas de Tratamientos Naturales”.

Muy a su pesar, María al final tuvo a un precioso hijo.

La Casa Grande estaba en una de las calles principales de Soyapango. Así llamaban los integrantes de la familia Clemente a su hogar. María, la hija menor, recuerda que cada uno de los cinco hermanos tenía su propio cuarto, y la recámara principal estaba asignada a sus padres. La casa tenía un enorme comedor y una sala con cómodos sofás y un televisor en blanco y negro,

lo que la convertía en el principal centro de reunión familiar. Por fuera, las paredes eran de color amarillo pálido, hechas con bloques finos que resaltaban entre la multitud de láminas, paredes de adobe y ladrillos viejos y enmohecidos que formaban la comunidad.

A los Clemente no les sobraba el dinero, pero tampoco pasaban penurias. El padre era el proveedor; su trabajo de contratista de albañiles bastaba para mantener a la descendencia. La madre cumplía el papel de mujer abnegada: cuidaba de los hijos y de la casa, quizá porque nunca existió necesidad de que saliera a buscar el pan de cada día.

La familia era muy religiosa. El domingo, sin falta, todos se daban cita en la iglesia católica más cercana. El padre era el más devoto y se pasaba la vida haciendo críticas a las familias que no se apegaban a las enseñanzas de Cristo. La madre no se quedaba atrás en su devoción, y muchas de sus tardes las dedicaba a tareas de la iglesia, integrada como estaba en un grupo de mujeres devotas.

María recuerda que en cierta ocasión las deudas sí comenzaron a apretar la economía familiar. La familia entera tomó la decisión de salir a buscar trabajo: los hijos varones se ofrecieron como mozos para acarrear arena; las hermanas mayores de María se abocaron a distintas maquilas, y la madre instaló un pequeño comedor donde María ayudaba en lo que podía. Sin embargo, las fuertes deudas contraídas por el padre ganaron la partida, y los Clemente tuvieron que vender la mayoría de sus pertenencias y hasta les embargaron la mitad de la casa.

En esta coyuntura fue cuando María quedó embarazada.

Por si fuera poco, la familia, que algún día pareció ser un bloque de mármol, terminó desintegrada por distintas razones, y en el hogar solo quedaron María y su bebé, los dos hermanos

y los padres. El papá, viejo y cansado, enfermó y falleció al poco tiempo. La madre siguió con el negocio del comedor, que terminó como la única fuente familiar estable de ingresos.

Obligada por las circunstancias, María buscó trabajo en la zona franca más cercana a su comunidad, donde se asalarió en una maquila dedicada a la elaboración de pantalones. La vida en la fábrica no fue fácil; los abusos por parte de las supervisoras y de los patrones eran constantes. En un sinnúmero de ocasiones María y las demás operarias tuvieron que trabajar de noche para terminar los pedidos, sin que les reconocieran las horas extra.

La filosofía en la maquila era un martirio: cada vez mayor producción, menos tiempo para platicar, ir al baño o a tomar agua... Nadie podía quejarse. La que se atrevía era insultada en público y avergonzada por la necesidad que tenía de ese exiguo salario, creando una falsa dependencia de la fábrica. La misma frase se repetía en esa bodega una y otra vez: “La puerta es grande, así que la que quiera irse ya sabe dónde está la puerta... Mañana vendrán más a pedir trabajo por menos de los que ustedes piden, haraganas”. Con esa espada de Damocles encima, casi todas se sometían a los maltratos por la pura necesidad.

También María... hasta que su situación se hizo insostenible, y dejó la maquila. A los pocos meses su hijo enfermó, justo cuando más necesidades y menos dinero había en la casa. En aquellos días de desesperanza por conseguir el medicamento que necesitaba su hijo, a María solo se le cruzó por mente comerciar lo último que le quedaba: su cuerpo.

Una noche en la que su hijo ardía en fiebre, María encargó el pequeño a su madre, tomó el único dólar que tenía en su bolso, y salió a buscar más dinero... Sin embargo, para la pros-

titución no solo basta pararse en una esquina a esperar que un carro se detenga. La competencia es alta, y las otras mujeres y hombres que se dedican a este negocio tienen los territorios distribuidos y no permiten que cualquiera se tome cualquier esquina.

María regresó aquella noche a su casa habiendo conseguido nada más que unos piropos de mal gusto. El consuelo fue comprobar que, en su ausencia, y sin medicamento, su hijo había mejorado.

María vivió junto a su madre hasta que su hijo cumplió los 14 años. El cambio de hogar se debió a que conoció a otro hombre, Santiago, que le prometió una vida distinta a la que llevaba. María no confió ciegamente en las palabras de su nueva pareja porque aquella primera experiencia con el trabajador de la fábrica la había marcado hasta el punto que consideraba que todos los hombres estaban cortados con una misma tijera.

Un año le llevó al pretendiente convencer a María de que sus intenciones eran otras. Durante este tiempo salieron y, cada vez que ella podía, recalaba que era madre soltera y que quien estuviera con ella también tendría que hacerse cargo del niño. Ese fue el pacto que consagró la relación.

Al poco de irse a vivir juntos, María quedó embarazada, y los mismos temores se apoderaron de su mente. Pero esta vez sí fue distinto. Santiago, que era como se llamaba él, trabajaba en el despacho de una bodega, y no solo no huyó, sino que hizo que la economía del nuevo grupo familiar se estabilizara. El cuarto que alquilaban se llenó de muebles y electrodomésticos gracias a un préstamo que asumieron con el banco.

Hubo un pero. Santiago nunca se hizo cargo del primer hijo de María, aunque optó por no reclamárselo. Ella velaba por la manutención, aunque ahora con menos presión. Al mediodía

y por las noches ayudaba a su madre en los quehaceres del comedor.

A medida que la familia crecía, también las necesidades. Decidieron mudarse a una casa más amplia, pues con un nuevo nacimiento ya eran tres los niños en el hogar, y eso implicaba que el cuarto inicial no daba abasto para la privacidad que la pareja exigía. Pero los cambios no solo implicaban comodidades; también deudas.

Hace unos meses Santiago sufrió un serio accidente laboral: una viga de la vieja bodega en la que trabajaba cayó sobre su cabeza y le produjo un serio traumatismo craneal que aún hoy lo mantiene postrado en cama.

Las deudas acechan. Como si el destino se quisiera burlar de ella, otra amenaza de embargo está ya sobre la mesa. María, como siempre, está decidida a hacer lo que sea para llevar el pan para los suyos. Pero en países como El Salvador querer no siempre es poder.

Nota: todas las mujeres de las historias están con vida, están dentro de los programas CINDE y continúan en las mismas actividades económicas que cuando se escribió el libro. Todas siguen criando a sus hijos e hijas con la misma determinación de siempre...

San Salvador, El Salvador. 15 de septiembre de 2011.